



Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Universidad del Perú. Decana de América

Facultad de Letras y Ciencias Humanas

Escuela Profesional de Filosofía

**El sentido de la autoridad en el pensamiento ideológico
de Bartolomé Herrera**

TESIS

Para optar el Título Profesional de Licenciado en Filosofía

AUTOR

René Alberto ZANABRIA SILVA

ASESOR

Lic. Galo Gunther VALDERRAMA ZEA

Lima, Perú

2019



Reconocimiento - No Comercial - Compartir Igual - Sin restricciones adicionales

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Usted puede distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir del documento original de modo no comercial, siempre y cuando se dé crédito al autor del documento y se licencien las nuevas creaciones bajo las mismas condiciones. No se permite aplicar términos legales o medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier cosa que permita esta licencia.

Referencia bibliográfica

Zanabria, R. (2019). *El sentido de la autoridad en el pensamiento ideológico de Bartolomé Herrera*. Tesis para optar el título profesional de Licenciado en Filosofía. Escuela Profesional de Filosofía, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú.

HOJA DE METADATOS COMPLEMENTARIOS

CÓDIGO ORCID DEL AUTOR: NO TIENE

CÓDIGO ORCID DEL ASESOR: 0000-0002-6783-6756

DNI DEL AUTOR: 09268018

GRUPO DE INVESTIGACIÓN: NO TIENE

INSTITUCIÓN QUE FINANCIA PARCIAL O TOTALMENTE LA INVESTIGACIÓN: AUTOFINANCIADO

UBICACIÓN GEOGRÁFICA DONDE SE DESARROLLÓ LA INVESTIGACIÓN: INTI RAYMI 251 -J.C.
MARIÁTEGUI- VILLA MARÍA DEL TR.

AÑO O RANGO DE AÑOS QUE LA INVESTIGACIÓN ABARCÓ: 2018- 2019

ESCUELA PROFESIONAL DE FILOSOFÍA

ACTA DE SUSTENTACIÓN DE TESIS

Lima, 17 de abril de 2019

En la Ciudad Universitaria de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en el Salón de Grados de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, a los diecisiete días del mes de abril de 2019, a las 16:00 horas, se reunió el Jurado integrado por los siguientes profesores:

Mg. Dante Dávila Morey	Presidente
Lic. Galo Valderrama Zea	Asesor
Lic. Aníbal Campos Rodrigo	Informante
Lic. Saúl Rengifo Vela	Informante


a fin de evaluar y calificar la sustentación de la tesis: “El sentido de la autoridad en el pensamiento ideológico de Bartolomé Herrera”, presentada por el bachiller René Alberto Zanabria Silva, para obtener el título profesional de Licenciado en Filosofía.

Concluida la sustentación, el jurado procedió a la calificación con el siguiente resultado.

Mención: Aprobado con.....Números: 16.....Letras: DIECISEIS
mención honrosa

Después del proceso de sustentación y calificación, se procedió a comunicar al bachiller la calificación obtenida, dando por terminado el presente acto. A las 17:00 h., se procedió a firmar la presente acta.


Mg. Dante Dávila Morey
Presidente


Lic. Galo Valderrama Zea
Asesor


Lic. Aníbal Campos Rodrigo
Informante


Lic. Saúl Rengifo Vela
Informante

/clng

A mi provecto amigo
Raymundo, un abrazo
inmortal.

ÍNDICE

Resumen	4
Introducción.....	6
CAPÍTULO I. EL MARCO HISTÓRICO-CULTURAL (1808-1842).....	10
a) El marco geográfico.....	10
b) Situación económica.....	14
c) Aspecto socios-políticos	18
d) Aparición de Herrera en el escenario histórico.....	25
CAPÍTULO II. EL PROYECTO IDEOLÓGICO.....	36
a) San Carlos y Bartolomé Herrera.....	36
b) La reforma en San Carlos: la génesis y la difusión de su doctrina.....	46
c) La lucha ideológica: San Carlos vs. Guadalupe.....	49
CAPÍTULO III. LA SOBERANÍA DE LA INTELIGENCIA.....	58
a) Influencia y fundamentación de su doctrina.....	58
b) Defensa de su doctrina.....	69
CAPÍTULO IV. HERRERA: UNA PASIÓN POR LA AUTORIDAD.....	74
a) Nociones preliminares e históricas acerca de la autoridad.....	74
b) Bartolomé Herrera: profeta de la autoridad.....	82
c) La autoridad en el pensamiento del conservador Herrera.....	85
CONCLUSIONES FINALES	94
BIBLIOGRAFÍA.....	96

RESUMEN

En la presente investigación hemos abordado la importancia de la noción de autoridad en el pensamiento de Bartolomé Herrera. Comenzamos presentando, en el primer capítulo, el marco histórico en el cual vivió Herrera; vemos que los hechos históricos, por ser épocas de anarquía en las primeras décadas de nuestra emancipación, tuvieron gran influencia en la elaboración de su doctrina conservadora. Se hace notar cómo la doctrina es una respuesta a la frustración, a la desazón, que había sufrido en sus años estudiantiles. Luego vemos, en el siguiente capítulo, cómo Herrera convierte el Colegio San Carlos como bastión para enseñar una doctrina conservadora contra el Colegio Guadalupe en donde se comulgaba con el liberalismo, doctrina que postulaba el concepto de la soberanía popular. Surgiendo así en esta época la polémica entre conservadores, defensores de la disciplina y el orden, y aquellos que defendían la supremacía de la libertad. Lucha ideológica que se constituye en el segundo momento doctrinario del Perú. El siguiente capítulo está dedicado a las influencias que tuvo Herrera en la conceptualización de la soberanía de la inteligencia. Doctrina que propone que los más aptos, los más capaces son los elegidos para gobernar, siendo así una doctrina que se opone a la soberanía popular. Herrera no comulgó con la tesis de que todos los ciudadanos tienen la misma capacidad y el mismo derecho para hacer leyes, pues estas son principios de la naturaleza de las cosas. Así el derecho a elaborar leyes proviene de la Razón como un don divino otorgado a los más inteligentes e instruidos. Finalmente, demostramos, en el último capítulo, cómo, para Herrera, la autoridad es un elemento fundamental en la creación de toda institución humana. Hacemos notar como él

aboga y reivindica que el cumplimiento del principio de autoridad es de vital importancia, pues gracias a él es posible superar los desórdenes y la anarquía a que había sido llevada la sociedad peruana. Hacemos notar que la sociedad no puede vivir soslayando el principio de autoridad, pues este viene a ser el eje central de toda convivencia social. Vemos cómo Herrera busca restaurar el principio de autoridad, la fe en las leyes, la creencia en las instituciones.

INTRODUCCIÓN

A mediados del siglo XIX de nuestra era republicana irrumpe la figura de Bartolomé Herrera Vélez (1808-1864) en el escenario histórico; su voz, que es parte de la historia de las ideas en el Perú, lejos de la prosa demagógica y mazorril, representa una interpretación de nuestra realidad. La profundidad de su pensamiento, lúcido y agudo, de los hechos jurídicos, históricos, políticos, eclesiásticos, etc. le permitió postular la doctrina de la soberanía de la inteligencia y vindicar el principio de autoridad. Doctrina que, conjuntamente con la de los liberales, motivó una apasionante polémica en el ámbito político e ideológico. Como afirma Don Jorge Basadre, este vendría a ser “el segundo momento doctrinario del Perú”.

Tal momento histórico, la aparición de Herrera en nuestra historia, me persuadieron y despertaron interés para dedicar el presente trabajo a este insigne peruano, quien en su época, fue el más representativo de su generación. Este hombre, como lo hiciera décadas después González Prada, no dudó en denunciar en voz alta los vicios de la política nacional, vicios que minaron las instituciones de nuestro Estado. El presente trabajo apunta a introducirnos en las bases de su impecable magisterio que, visto después de siglo y medio,

resulta ser intolerablemente retrógrado; y, en vista de que sus ideas han caducado, solo nos queda rescatar las huellas del hombre.

A manera de hipótesis señalamos que el pensamiento del obispo Herrera resultó ser trascendental a mediados del siglo XIX, pues su ideología, inmersa en la coyuntura nacional, remeció los cimientos, anquilosada y anarquizada, de la política nacional. Su voz y su pluma fueron, viendo el contexto y la época, un llamado reivindicatorio al principio de la autoridad que, al ser omitido, encauzó al Perú hacia la ruina en todos sus estamentos. Su teoría, pues, se presenta como una alternativa a las ideologías que habían fracasado en la misión de darle al Perú una estabilidad social, jurídica y política. Su doctrina, que germina de la desazón, de la frustración, busca abrir un espacio en el terreno político con la esperanza de revalorar y reivindicar el objetivo que había ansiado la Independencia: una sociedad justa y un Estado fuerte.

También el objetivo de este trabajo es profundizar y mostrar las facetas más importantes de Herrera, es decir, es un intento de analizar el aporte doctrinario que tuvo un compromiso valioso con el Perú, sus invalores reflexiones políticas sobre el país en los momentos más críticos, como lo fueron las décadas posteriores a la Independencia. Se mostrará que el pensamiento de Herrera, ícono perdido del conservadurismo, y señalado peyorativamente como autoritario, fue un intento de dar soluciones a los grandes problemas del Perú. Y, para sustentar su tesis, el maestro que tuvo un papel protagónico por casi tres décadas en nuestra historia, con una sólida formación intelectual y moral, no dudó en recurrir a la utopía para auscultar nuestra realidad, quizás convencido de que ese

era el mejor aporte con responsabilidad diáfana y con gran sentido moral para una Patria que clamaba ideas para cambiar su destino.

El primer capítulo nos permitirá ver, de manera sucinta, el panorama geográfico, social, cultural, político, del Perú de entonces, y la aparición de Herrera en el escenario de las turbulencias históricas que le tocó vivir. Estos marcos nos permitirá visionar cuáles fueron los cimientos, los antecedentes, en los cuales se crió y en los que germinó su espíritu patriótico, y el modo como observó y captó todos estos elementos que configuraron , a la postre, el gran problema del Perú: la carencia de autoridad. Herrera fue injustamente desvitalizado como forjador de nuestra historia, soslayado, que duda cabe, por haber sido tempranamente estigmatizado como ‘reaccionario’, ‘conservador’, ‘autoritario’.

El segundo capítulo tiene como objetivo ver el desempeño de Herrera en las aulas del Colegio San Carlos, la reforma educativa que imprime en ella con el fin de difundir y formar ciudadanos que el Perú requiere, instruidos y formados bajo su doctrina. Se desarrolla, además, el momento cumbre en la vida doctrinaria en el siglo XIX en el Perú: la pugna San Carlos vs. Guadalupe. Veremos cómo todo Estado se presentan en su devenir histórico a hombres que han sobresalido, hombres que han representado a una generación, que no han dudado en consagrarse con toda su voluntad y sabiduría a fines supremos y no a causas individuales, hombres que, como Herrera, lograron erigirse, gracias a su dimensión humana, en líderes de una doctrina. Él, pese a su juventud, constató, con mente de adulto, el doloroso desarrollo de la Patria y, se trazó una misión: transformar su destino desde el claustro académico.

El tercer capítulo está dedicado a la doctrina de la soberanía de la inteligencia, doctrina que provocó encendidas polémicas y puso frente a frente a ilustres personalidades: Herrera- Laso, Herrera-Gálvez. Esta pugna tuvo como tribuna principal las páginas de los diarios “El Comercio” y “El Correo”, uno tras las ideas del obispo Herrera, el otro tras los de Benito Laso-Pedro Gálvez. Veremos, sucintamente, qué ideólogos influyeron en la formación de sus ideales, y por qué Herrera hizo una férrea defensa de sus dogmas.

El capítulo cuatro describe la importancia del principio de autoridad en Herrera, y cómo tal principio es, según él, un rasgo propio de la naturaleza humana y el sustento básico en la constitución de toda sociedad. Cómo la ausencia de tal principio ha sido uno de los grandes ausentes y uno de los grandes males que ha marcado dolorosamente nuestra historia. Este principio es el gran aporte del carolino en su análisis de la realidad nacional; él valoró por qué es importante el ejercicio de la autoridad, y por qué la ausencia de esta conduce a la anarquía. Por eso él clama y vindica su gran importancia para alcanzar objetivos nacionales.

Esperamos que el presente trabajo cumpla el fin deseado, el de rescatar y revalorar para nuestra historia los momentos más importantes que representaron la figura e ideas de Herrera, figura e ideas que debemos tener en cuenta para analizar y reanalizar nuestro presente y proyectarnos hacia un mejor destino histórico.

CAPÍTULO I

EL MARCO HISTÓRICO-CULTURAL DE 1808-1842

a) **El marco geográfico.**- Una vez emancipados del dominio español los nuevos estados tuvieron que plantear sus respectivas configuraciones políticas y, al hacerlo, contemplaron tres aspectos: el geográfico, el histórico y el político. Históricamente, el dominio español estableció un orden absolutista que sujetó la libertad y la proyección humana de los habitantes americanos. Pero como las cosas en el ámbito político y social tienen su apogeo y su ocaso, el dominio español no se libró de esa sentencia; ello se debió a que los parámetros y mecanismos que impusieron los españoles para ejercer el dominio sufrió rotundos cambios debido a la inoperancia e incapacidad en el manejo político y administrativo en sus respectivas colonias. España, a diferencia de Inglaterra que tuvo una política de colonización, tuvo más bien una política de explotación y dominación. La España que conquistó este nuevo continente nunca tuvo un derrotero claro ni tuvo una idea de unidad, su marcha fue anti-histórica, “En efecto, la conquista de América procuró insospechadas posibilidades para la expansión de la producción e intercambio de

mercancías, así como del poder central en los centros del sistema de dominación”¹; así, los Estados que nacieron bajo el dominio español en el siglo XVI no solo carecieron de experiencia en el arte de gobernar sino que, además, no tuvieron tradición en el uso de principios como democracia, igualdad, nacionalidad, etc. Ello motivó que el marco geográfico de los Estados emergentes, tanto en lo referente a la demarcación de fronteras como a la determinación interna, se sujetaran a dos hechos fundamentales.

Las repúblicas emancipadas de España se ampararon geográficamente en la ley del *Uti Possidetis* (uso de posesión), “posee lo que has poseído”, es decir, derecho que te asiste de poseer aquello que ya venías poseyendo. Esto significó para el Perú y demás países emergentes heredar el territorio que poseían en la etapa colonial y durante la emancipación, tomando en consideración para imponer este principio el año 1810, porque alrededor de estos años empezó la lucha decisiva para la obtención de la independencia de los pueblos americanos. A Perú le tocó heredar las intendencias que al final se convertirían en departamentos, pero no se trataba solamente de determinar la situación geográfica sino que también se consideró el principio de la determinación popular o de las nacionalidades, por el cual los pueblos, al surgir a una nueva forma de vida han de pugnar por consolidar su territorio, pues de lo contrario se corría el peligro de ceder no solo espacio geográfico sino de, además, ser sojuzgados por otros pueblos. Estos dos principios resultaron ser sustantivos, pues en ellas se sustenta la soberanía nacional, sin las cuales ninguna nación se podría considerar libre. Este fenómeno de consolidación de territorios, que de por sí ya era difícil por la congruencia de razas heterogéneas, fue campo fértil para el surgimiento de

¹ Cotler, Julio. *Clases, Estado y Nación*. Lima, IEP, 2009; p. 51.

figuras como el caudillo o el cacique; los pueblos vieron en estos su única esperanza para lograr atención de parte del gobierno.

El Perú desde 1821 se gobernaba bajo una división geográfica de provincias y departamentos; la nueva configuración no evidenciaba cambios que permitieran vislumbrar la posibilidad de una nueva demarcación político-administrativa. Esto permite sostener que los cambios, al no ser profundos, no alteraron las raíces bien arraigadas de una estructura social española. Es cierto que se obtuvo la independencia política, pero los aspectos económicos, sociales, ideológicos, etc., permanecieron intactos y la gente aún mostraba un espíritu españolizado. En buena cuenta, ¿de qué sirvió que América se librara del dominio español si careció de ideas para trascender en la historia? Así, a los independentistas solo les quedó digerir, asimilar los prejuicios que se habían impregnado en la sociedad por casi tres largos siglos. Este legado ignominioso no ofrecía posibilidades para lograr un crecimiento económico y, por ende, resultaba imposible avizorar un desarrollo social. Por eso, realista es señalar que los americanos libres carecieron de raíces para configurarse de una identidad sin lastre alguno. Los independentistas americanos soslayaron el axioma que cualquier pueblo que quiera trascender en la humanidad: el hombre se expresa desde sus raíces, crecer y medrar de abajo hacia arriba es el mejor aval para eludir todo tipo de sojuzgamiento. Los nuevos Estados de América no tuvieron un concepto de organización, carecieron de un sistema político y de una ideología que fuera la carta-fianza de su victoria, de poco sirvió mirar y calcar a regímenes europeos, sobre todo a Francia, si no aprendían bien las lecciones. Se descabezó la estructura social española, que para entonces ya era

inepta y corrupta, para refugiarse en la esclavitud de la anarquía, de regímenes efímeros y sin norte avalados por políticos anarquizados, García Calderón dice:

Fundaron la República, conculcaron instituciones extranjeras y concedieron todas las libertades a multitudes amorfas. Las primeras disputas se iniciaron entre los defensores del orden antiguo y los radicales que pretendían destruirlo: conservadores y radicales aparecen con la misma república. El militarismo, la revoluciones, las guerras entre caudillos se explican en parte por el cisma entre los partidarios de la tradición y los defensores de la libertad².

Con esta forma de vida, el Perú no tuvo un feliz nacimiento sino un doloroso y sangriento parto, a su niñez le arrebataron la ternura, la armonía, las luces, la pluma inmaculada, y a cambio recibió caminos turbios y escabrosos. Las manos que, heroicamente, se mancillaron de sangre en los campos de batalla y dieron la sagrada perla de la libertad degeneraron en violencia, felonía, anarquía, como expresa González Prada “la primera faena de los victoriosos se reduce a caer sobre los destinos de la Nación desangrada y empobrecida, como los buitres se lanzan sobre la carne de la res desbarrancada y moribunda”³. El destino del Perú, desde sus inicios, es un ejemplo elocuente de que no tuvo un derrotero, su porvenir fue entregado a la contingencia; los gestores que llegaron al umbral de la historia de un pueblo, para desventura del mismo, sucumbieron ante la embriaguez de su hazaña. Y, sobre todo, nos resulta comprensible saber el porqué no se rompió con el cordón umbilical que nos ató a lo viejo y, además, el porqué nuestra fundación como Estado fue un acto histórico penosamente abortivo.

² García Calderón, Francisco. *Las Democracias Latinas de América*. Lima, Ed. Del Congreso del Perú, 2001; p. 239.

³ González Prada, Manuel. *Horas de Lucha*. Lima, Universo, 1972; p.19.

La situación geográfica del Perú, la gran extensión de su territorio, vislumbraba en sus tierras una riqueza inagotable que habría de despertar en países vecinos y hostiles entre sí el espíritu de la envidia. Al Perú le tocó sufrir –debido a las guerras internacionales andinas– fisuras en su *statu quo*; estos pasos iniciales van marcando la difícil tarea de cómo los peruanos tuvieron que bregar mucho para cimentar y fortalecer nuestra república y, sobre todo, para implantar una tradición y forjar su propia historia. Y, más aun, que esta historia fuera riquísima en acontecimientos y que sea capaz de engendrar hombres que prestigien su suelo. Este fue el caso de nuestro ilustre personaje: Don Bartolomé Herrera.

b) **La situación económica.**– Históricamente, hay consenso en señalar que el Estado de los incas tuvo una economía predominante agrícola; además se le reconoce su gran desarrollo en ganadería, textilería y en metalurgia, pero la matriz principal de la organización fue la economía de modelo redistributivo. Este fue muy simple, desarrolló la típica economía del autoconsumo o de la auto-sostenibilidad; para Mariátegui: “Hasta la Conquista se desenvolvió en el Perú una economía que brotaba espontánea y libremente del suelo y la gente peruanos”⁴. Con esta economía tan elemental el Estado inca logró cubrir el bienestar material y sostenerse como una sociedad equilibrada; cualquier bien producido tenía valor en sí mismo, carecía de un valor monetario, el hombre vivía bien gracias al sistema del trueque de sus remanentes producto de su esfuerzo. La destrucción de esta economía tan eficiente para imponer un modelo feudal fue tarea de los españoles. En efecto, la invasión de los conquistadores, que provenían de una Edad Media caracterizada por la política feudal marcó la ruptura del excelente modelo de producción incaico y el

⁴ Mariátegui, José Carlos. 7 *Ensayos de Interpretación de la Realidad Nacional*. Lima, Amauta, 1980; p. 13.

inicio de una administración donde predominó el mercantilismo y el monopolio comercial, es decir, los conquistadores fomentaron una economía dominante o “economía del pillaje” cuyo objetivo principal fue dar buenos réditos a la Corona española y a la nobleza de la península. Con los españoles arribó la tecnología, patrones económicos como la moneda, el trabajo asalariado, los precios, los tributos, los intereses, la privatización de las tierras, etc.; ellos establecieron las haciendas, los pueblos, las ciudades, el surgimiento de los problemas demográficos, etc., pero lo más importante —para ellos— fueron las relaciones comerciales que establecieron con el resto del mundo con fines de colocar las materias primas —sobre todo los minerales— extraídas de sus colonias, es decir, la minería se constituyó en la médula de la economía exportadora virreinal. La explotación minera —sobre todo de oro y de plata— fue lo más rentable y, por ser una actividad meramente extractiva y con el recurso de la mano de obra de los indígenas condenados a la extinción, soslayó el interés por plasmar un plan económico, de modo que la audacia y la ambición por poseer estos metales vino a ser la mejor y, quizás, la única “virtud” de los conquistadores y el mejor modo de sumar mayores rentas a la Corona.

El Virreinato del Perú, a diferencia de las colonias inglesas de América, tuvo todos los elementos materiales a su alcance para cimentarse como una nación poderosa, pero afrontó desde sus inicios serios problemas que la sumieron en el caos político y la llevaron prematuramente a su ocaso, esto se debe a que su empresa tuvo solo un espíritu militar y eclesiástico. No cabe duda que fue, por ventura o por desventura, una proeza conquistadora, no colonizadora; al nuevo continente ni siquiera arribó un selecto grupo del ejército español. Ignoraron, desde el inicio, que la fuente que sustenta la política de cualquier

estado es su sistema económico, pues este le permite diseñar y plasmar programas elementales de desarrollo en las áreas de salud, educación, industria, agricultura, exportación, etc. La omisión de un plan económico que permitiera manejar con criterio la política de la hacienda pública significó restarle unidad y continuidad a cualquier empresa que tuviera como meta expandirse, y este fue el caso del Virreinato. A falta de un diseño económico, hubo otros factores que minaron cualquier afán de constituirse en un “poderoso sub-reino” gracias a la explotación de sus recursos, estos factores fueron la mala administración y el pésimo control de los territorios conquistados; la incapacidad de recepción o aprovechamiento de los avances del Estado Inca; la tributación indiscriminada; el inicio de los monopolios españoles; la acción nada amical de los conquistadores resentidos; la pauperización inhumana de los trabajadores mineros; y la despoblación rural. A todo esto hay que agregar las batallas que la Corona tuvo que sortear con el fin de conservar la posesión de territorios que eran ambicionados por sus subalternos; las batallas intestinas entre los mismos conquistadores; las diversas crisis por las sucesiones de la Monarquía; la carencia de un modelo homogéneo que hiciera viable un dominio de las colonias; la falta de una visión integral con el resto del mundo; y el fracaso de su política europea marcaron el camino de la desintegración del poder de la Corona.

El Perú, al emerger como Estado independiente, presentó diversos aspectos que hicieron muy difícil la configuración de una estructura sólida; su dramática composición geográfica y humana, sus insalvables contradicciones, la fragmentación socio-política, el asedio de caudillos, etc. fueron insalvables obstáculos para el diseño de una estructura económica y política viable. Lograda la Independencia, el Perú heredó, como era de espe-

rarse, una economía descapitalizada, carente de inversiones y de proyección comercial, un pobrísimo aparato productivo y, sumado a ello, la carencia de hombres capacitados en el manejo de la hacienda pública. Así, la creación del Estado peruano resulta empobrecida política, económica, administrativa y socialmente. Pero, y eso lo denunció Bartolomé Herrera muy sensible ante las situaciones históricas, su peor tragedia fue su pobreza moral, su apego a la anarquía, que prosperó ante la incapacidad de quienes no fueron capaces de asegurar el orden interno. También hay consenso entre los científicos sociales que señalan que en las primeras décadas de nuestra independencia tanto los líderes del liberalismo como los ideólogos autoritarios fueron incapaces de echar raíces para asegurar un buen gobierno,

Para éste el problema se planteaba en la necesidad de implantar el orden y la unidad de la república, como las bases de todo ordenamiento moral y, por consiguiente, de la religión católica. Estas exigencias suponían la existencia de un principio de autoridad y obediencia, que ordenara la vida social⁵.

Herrera, arraigado de un espíritu religioso, comprendió que había que moralizar el país, supo de la necesidad de emprender una reforma moral y educativa; estos serían los dos pilares que garantizarían una renovación en el campo socio-político. Esa es la tarea que se trazó.

Pero, para alcanzar tal objetivo, había que dejarse de lamentos, era hora de emprender la difícil tarea de la reconstrucción. La pobreza económica había afectado a todos, había que romper con los lazos que unía la Independencia con el proceso económico dominante de la conquista; nuestro endeudamiento era oneroso tanto interna como externamente; la

⁵ Cotler, Julio. Op. cit. p. 93.

deuda interna provenía de los empréstitos otorgados a los propios peruanos en la etapa de la gesta emancipadora y nuestra deuda externa para solventar las diversas campañas de emancipación fue contraída con Chile, Colombia e Inglaterra.

Instaurada la Independencia del Perú, los criollos ven la necesidad de poner las bases del nuevo orden socio-político, bases que dieran una solidez a la institucionalización a la que aspira todo Estado. Dentro de este contexto, en el ámbito mundial, hubo hechos que marcaron el derrotero ideológico y político del Perú. En Europa, la Revolución francesa de 1789 se constituyó en un hecho histórico que tuvo gran influencia en la instauración de la doctrina liberal que se oponía al poder absoluto, ideas que ya habían sido esbozadas en Inglaterra. Estas vigencias y constantes históricas no eran las mejores como para delinear una ruta ideológica y política que pudiera hacer frente a las situaciones tan complejas, lo que motivó la modificación de las relaciones de producción en un Estado en donde todavía imperaba el espíritu colonial y que era un Estado frágil. En este contexto histórico, Herrera representa el surgimiento de la tendencia política conocida y catalogada como reaccionaria, que histórica y universalmente se la conoce como la restauración, que, la que bajo el ideario herreriano significó poner los cimientos de la paz, el irrestricto respeto al principio de la autoridad y la reafirmación de la república.

c) **Aspectos socio-políticos.** Luego del proceso independentista, la estructura social del Perú fue prácticamente la misma que floreció en la época colonial, forjamos nuestra independencia política de España pero no fuimos capaces de romper con los fundamentos que se habían arraigado por casi tres siglos de dominio; así, el velo ideológico español se constituyó en una afrenta que se tuvo que tolerar. Hubo cambios que no respondían a las

nuevas aspiraciones históricas y eso se debe a que, en el fondo las raíces no habían sido tocadas, los hacedores de la nueva patria seguían subyugados por lo ibérico, nuestra élite, por instinto de confort, fue más peninsular que americana y, por tanto, era mejor mantener la estabilidad que ofrecía aquel modelo. Los mismos grupos étnicos, políticos y sociales que constituyeron la etapa colonial aún permanecían constituyendo el nuevo Estado, de modo que este nuevo Estado solo era un ente anquilosado y superficial, aún pesaba más la sangre dependiente que la independiente. Ciertamente es que la nobleza careció de poder, pero se sabe que el poder se puede ejercer directa o indirectamente. La tierra era entonces no solo fuente de riqueza, sino también el mejor medio de dominación: quedó demostrado que los mecanismos de dominación política, económica y social guardan una relación umbilical con la posesión de la tierra, los dueños de la tierra eran los mismos grupos sociales de la era colonial. En otras palabras, el nuevo Estado era un colonialismo disfrazado de república; esta no fue una organización, un sistema político. El mal del Perú estuvo ligado a sus raíces por no haber ganado su independencia por sí sino que le fue otorgada por la acción de los ejércitos aliados.

Nuestra aristocracia independiente era la misma de antes, era la nobleza de la etapa colonial, compuesta por nobles, comerciantes y ciertos grupos que durante la Colonia habían obtenido o adquirido influencias, poder político y económico. El nuevo Estado, para esta gente, no constituyó obstáculo alguno para seguir actuando bajo los nuevos parámetros y, sobre todo, seguir imponiendo sus influencias en el ámbito socio-económico. Siguiendo los planteamientos de González Prada, Mariátegui, Basadre, Cotler, etc. podemos aseverar que el drama del “nuevo” Estado tuvo elementos como dualismo, desarticulación

y una abigarrada informalidad, notas que permiten caracterizarla como una sociedad “enfermiza”, así, carentes de un espíritu de unidad se lanzaron a luchas fratricidas,

Generales y doctores, la autocracia y la anarquía, la oligarquía del virreinato y la democracia en su auge combatían entre sí. Abigarrados bandos tomaban por asalto el poder en los congresos o en los cuarteles. Los presidentes aristócratas: Riva Agüero, Orbegoso, Vivanco y los presidentes: La Mar, La Fuente, y Gamarra se sucedieron con una rapidez vertiginosa⁶.

Acontecimientos que generaron una prolongada discordia civil. Bien señala Rey de Castro:

La independencia y el inicio de la República trajeron anarquía e inestabilidad política, situación que queda fehacientemente demostrada con la impresionante cantidad de gobernantes y de constituciones que entre 1821 y 1842 hubieron en el Perú: por lo menos diecisiete gobernantes, diez congresos y cinco constituciones nacionales, además de tres guerras internacionales.⁷

Es decir, porque se tuvo gran fe en las constituciones políticas no tuvieron mejor idea que multiplicarlas. Al respecto Pareja Paz-Soldán es más preciso cuando expresa:

O sea, que hemos tenido una constitución por cada diez años de vida independiente. República agitada y voluble, hemos venido haciendo y deshaciendo constituciones... Algunas de esas cartas fueron ingenuas, románticas, desadaptadas o anatópicas; otras severas o escasas de visión, centralistas en exceso, atendiendo a menudo banderías. Pero nuestros males constitucionales han tenido causas más profundas: falta de una clase de dirigente, apta y cohesionada; ausencia de hábitos de gobierno; carencia de organismos intermediarios entre el Estado y la Nación; pobre espíritu cívico.⁸

Este penoso y deplorable panorama de nuestra política, groseramente facciosa desde su germen, sacude hondamente el espíritu y la inteligencia de Herrera, figura joven que, rodeado de tantas circunstancias de ruindad en que se expresaba por parte de la clase polí-

⁶ García Calderón, Francisco. Op. cit., p. 121.

⁷ Rey de Castro Arena, Alejandro. *Democracia y republicanismo: la modernidad política en los inicios de la nación Peruana, 1821 – 1846*. Lima, 2009, Tesis para optar el Doctorado en Historia en la UNMSM. p. 247.

⁸ Pareja Paz-Soldán, José. *Historia de las Constituciones Nacionales*. Lima S/D, 1944; p. 7.

tica que socava y colisiona los estratos iniciales del Estado, decide no ser un esclavo de los hechos sino que tuvo luces, palabras y pluma que avizoran un porvenir; y, así, en tal situación no tuvo la menor duda en cimentar y preconizar su doctrina autoritaria.

Hay que mencionar que los extranjeros y los españoles conformaban otro estamento social; todos eran ellos poseedores de su riqueza y también se les garantizó sus empleos, se respetó las propiedades de los individuos españoles; todo individuo que deseara viajar a su país lo haría a cuenta del Estado peruano quien le costeará el pasaje y le pagará la mitad del sueldo que le corresponde mensualmente a su empleo; no estaban sujetos ni sometidos a ninguna clase de confiscación de sus bienes, ni a ser desterrados a su país en contra de su voluntad, salvo que pusieran sus bienes al servicio del enemigo. Todo esto está en las cláusulas básicas de la Capitulación de Ayacucho. La Batalla de Ayacucho (9 de diciembre de 1824) no solo significó el fin bélico, sino que además consumó la emancipación política, pero la deshonra, el oprobio, de los pueblos emancipados quedó plasmada en la firma de dicha capitulación, de modo que nuestra independencia fue una ficción jurídica, nuestro título de Patria careció de realidad legal; no tuvimos una conciencia propia, nuestra independencia —desde el inicio— fue enajenada, maculada, no hay exageración si decimos —en un doloroso juicio— que nuestro Estado se constituyó en un rebaño.

La casta militar fue un caso *sui generis*, pues se constituyó en el Gran Elector. Hugo Neira, con acierto, nos dice que “El caudillo fue el primer político republicano”⁹. Desde entonces, y casi siempre, se constituyeron en parte activa de nuestra política, es decir, los

⁹ Neira, Hugo. *Hacia la Tercera mitad. Perú XVI – XX. Ensayos de relectura herética*. Lima, Universidad Garcilaso de la Vega, 2009; T. I, p. 388.

líderes militares que participaron en la gesta libertadora, a falta de una élite política que dirigiera y ordenara el nuevo organismo social, se las ingeniaron para constituirse en grupos de poder por casi todo el primer siglo de nuestra independencia y supieron copar con mucha astucia el vacío de poder que para entonces ya era precaria. Estos hombres no inmunes a la acción roedora de la ambición y codiciosos de poder e impacientes por ascender con celeridad en el estatus social, y con un marcado espíritu de superioridad, optaron por desoír a la voluntad nacional. Muy bueno fue que desarrollaran su profesión en los campos de batalla, en la búsqueda de la independencia, con el tiempo, sin embargo, pasaron a constituirse en un poderoso grupo social, en un hato de politiqueros, en individuos que les fue fácil hacer de la política una empresa lucrativa en donde el máximo logro era el grado de Presidente de la República. De modo que con la enfermedad del caudillismo o revolucionarismo provocaron cambios abruptos en el orden político y social en el fuero interno, sus actos tardaron la institucionalización del Estado y, muchas veces, sustentados en la conducta vertical y en lealtades personales, usurparon el poder por la única vía que conocían: la fuerza. En el fondo, las sediciones militares, bajo el mando de tecnócratas acabados, pasaron a ser parte de una estructura política funcional, en una vil reserva de regímenes que por su esencia fueron conservadores:

Esta situación se agrava porque “el espíritu secreto de partido había usurpado el amor a la Patria”, y porque “los supremos poderes de la nación no eran por todos amados, respetados y honrados como la ley divina manda”¹⁰.

¹⁰ Rey de Castro, Op. cit., p. 247.

Así, sobreentiende Herrera que los militares fueron duchos con el sable pero ignaros en política, que el cuartel cumplió su propósito y que ahora la tarea se debe proseguir en el colegio. Para la hazaña emancipadora fue necesario formar soldados, ahora la patria urge de formar políticos y funcionarios; se trata de formar una generación con altísimos principios morales, pues poco o nada se puede esperar de hombres viejos. Herrera comprendió, bajo el dogma de la religión, que había que privilegiar tanto la integridad moral como la inteligencia en un país donde predominaba la anarquía, el vicio, la corrupción y el clientelismo político. El insigne maestro González Prada, cuando se refiere a estos militares, muy cáustico, dice:

Si en las cinco partes del mundo pululan agricultores, marinos y mineros que respectivamente desean poseer su tierra, su buque y su mina, en el Perú abundan los hombres que sueñan tener su montonera. Con una breve campaña se asegura el porvenir de la familia y se gana la estimación general. ¿Quién no forma su montonera? el pobre diablo incapaz de reunir seis hombres armados con cinco rifles. ¿Quién no intenta su revolución? el infeliz inhabilitado para conseguirse una gorra de coronel, una banda de cuatro músicos y dos botijas de aguardiente¹¹.

Pero Don Manuel es más sarcástico cuando los califica de “Napoleones de chicha y coca”.

Sandoval dice:

El caudillismo político que sigue a la gestación emancipadora, y que viene a ser la negación del pensamiento integracionista latinoamericano, tanto de Bolívar como de San Martín, encuentra su entroncamiento profundo en la voluntad de los terratenientes. Fraccionada la nación latinoamericana, conforme a las caprichosas demarcaciones coloniales convalidadas por el uti possidetis juris, se organizan los estados nacionales sin otro miramiento que mantener indemne al orden social heredado. Se produce pues entre los americanos (criollos o españoles) y los peninsulares una separación de

¹¹ González Prada, Op. cit., p. 137.

*intereses, un antagonismo, que a nivel político alcanza la categoría de independencia nacional*¹².

Este fenómeno de jefes militares iluminados y ansiosos por detentar el poder, poniéndose por encima de la voluntad nacional, fue el sello de incertidumbre que marcó sustantivamente el quehacer político nacional, fenómeno muchas veces consentida como misiones salvadoras. Así, durante todo el siglo XIX la fluida relación entre oligarcas y militares definió el mapa político-social de un Estado naciente; demás está decir que, desde entonces el derrotero del Perú resultaba muy incierto. Álvarez-Calderón apunta al caso:

*Nacido en 1808, tócale a Herrera vivir como adolescente los primeros días de la patria libre, constatar como hombre adulto el desarrollo doloroso de la nacionalidad. La emancipación fue un producto genuino de los errores rousseauianos. La causa justa fue confundida con la injusticia de la doctrina. El mito del pacto social, de la omnipotente voluntad popular, y la consiguiente ineficacia de un parlamento intérprete supremo de esa voluntad todopoderosa habían engendrado la utopía o el predominio inestable de la fuerza*¹³.

Pero la sabia historia quiso que al lado de militares ignaros en cuestiones políticas y de políticos circunstanciales que llegaron al poder por vocación o por negocio surja una figura como Herrera que antepone ante la defensa de los principios y la verdad, valores dignos e intransferibles de quien ostenta el grado de maestro, político, doctrinario de la moral y hombre de Estado. Concluimos, pues, que en el Perú, tan igual como en otros países de América Latina, los líderes que lucharon por la ansiada independencia no supieron resolver el destino de las naciones emergentes, de allí que la revolución resultó fallida: derrotar a los ejércitos virreinales no tuvo mayor sentido si luego se mantuvo, como si fuera una

¹² Sandoval R., Isaac. *Las crisis políticas latinoamericanas y el militarismo*. México, Siglo XXI, 1976; p. 12.

¹³ Álvarez-Calderón Ayulo., Carlos E. "Bartolomé Herrera y la Soberanía de la Inteligencia". Lima, Circulo de Estudios de Derecho Constitucional del Perú, 1947; p. 33

herencia, las estructuras socioeconómicas de los vencidos. Para Cotler “El Perú atravesó a partir de entonces, y hasta fines del siglo, un proceso aparentemente paradójico: el establecimiento de una “situación” oligárquica sin conformar una fracción hegemónica”¹⁴.

d) Aparición de Herrera en el escenario histórico.- Hijo de Manuel José Herrera, un modesto comerciante, y de Doña Paula Vélez, nace en la ciudad de Lima Bartolomé en agosto de 1808; es un niño que nace y se hace en el Perú en los primeros años de una patria libre, pero paradójicamente se vivía en la incertidumbre y en las convulsiones políticas que llevaron a la naciente Patria a una desastrosa crisis. Huérfano a los cinco años, pasa a la tutela de su tío Luis Vélez, cura de Santa Ana. El niño fue conocedor directo de las agudas alteraciones políticas que se vivía en Lima a principios del siglo XIX: batallaban por aquellos años los adeptos al Rey frente a los que luchaban por la Independencia. Ese fue el ambiente, el entorno, en el cual se crió el joven Bartolomé, y vivió con regodeo los gratos momentos de la liberación. Nacido en un país dominado por las mezquinas pasiones de la política y en donde pululaba el espíritu del caudillaje de los lugartenientes de los libertadores, el joven Herrera con buena pupila y mentalidad precoz, avizoró con mirada de pensador que ese camino conducía a la Patria hacia la anarquía. En 1821 fue matriculado en el prestigioso Convictorio de San Carlos; aquí siguió estudios de matemáticas, física y filosofía. Luego, por sugerencia del Monseñor y rector del colegio Manuel José Pedemonte, siguió estudios de teología, obteniendo en 1828 el doctorado en teología en la Universidad de San Marcos. Se desempeñó como profesor de filosofía en el Convictorio cuando apenas frisaba los 18 años, y aún era cursante de teología. Herrera obtuvo el doctorado en Derecho en 1829.

¹⁴ Cotler, Julio. Op. cit. p. 88.

Por aquellos años juveniles aún no tuvo definido si optaría seguir el camino de la Iglesia, y fue Pedemonte quien lo convenció que ese era su camino. Así, con apenas 21 años, se ordena de Diácono. En 1831 se le asigna el cargo de Vice-rector del Colegio de Minería de Huánuco. En 1833 vuelve a Lima para consagrarse a la razón de su vida: el sacerdocio. Llega a ocupar una cátedra en San Carlos para luego, gracias a su prolífica labor intelectual, ser nombrado Vice-rector del Convictorio de San Carlos cuando apenas tenía 24 años. En 1834 interrumpe la docencia en el Convictorio pues asume la curia en la Parroquia de Cajacay, en la provincia de Cajatambo. Su vocación humanista trasciende el sacerdocio, el confesionario, ya que para él la escuela es el templo supremo en donde se forma al ser humano, razón por la que en esta ciudad funda una escuela con el fin de inculcar la educación cristiana en los niños, pues tuvo mucha fe en que ellos serían la semilla de la reforma de las costumbres; con esta acción Herrera da muestra de ser procurador de la peruanidad. En julio de 1835, el joven sacerdote, estando en Lima, por una licencia, acepta la invitación de pronunciar en la Catedral de Lima el Sermón en la Misa Solemne de gratitud y gozo por la consagración oficial del Primer Arzobispo de la República del Perú, Monseñor Jorge de Benavente y Moncalle, quien con simpatía y alegría aquilató el vibrante discurso de Herrera, saludo y discurso que constituye la aparición formal del joven sacerdote en la lid política. En 1837 fue atacado por la temible verruga, plaga muy común en nuestras serranías, motivo por la cual retorna a Lima. A la fecha también se desempeñó como secretario del arzobispo Benavente, además de ser miembro de la Comisión del Clero que examinó el Código Civil promulgado por Santa Cruz, Protector de la Confederación Perú-Bolivia. La misión de los comisionados era observar artículos que atenten contra la misión

de la Iglesia, es decir, se trató de defender la inmunidad de los templos católicos. En 1840, restablecido de su salud y tras participar en un concurso, obtiene el Curato de San Pedro de Pachacamac y del anexo de Lurín.

En el año 1842, dos hechos importantes harán de Herrera el hombre que simboliza una nueva fuerza viviente y creativa, hombre que con un pensamiento diáfano y creador retoma y anuncia el camino del autoritarismo: el 4 de enero, en el púlpito de la Catedral, dirige su célebre oración fúnebre en las exequias del presidente Agustín Gamarra, sermón que, lejos de seguir la tradición, opta por romper con ella y clama, con vigorosa voz, un llamado al orden a los políticos de la República. Como bien señala Basadre, es posible aquilatar la actitud del joven sacerdote con la del vigoroso maestro González Prada; coincidentemente, los dos vislumbraron la posibilidad del amanecer de un nuevo Perú; ambos recusaron y atacaron con voz severa, incisiva, pero con nobleza, las caducas instituciones de nuestra Patria. Herrera basó su fe en la novísima idea del *providencialismo* como ordenador de la República; al igual que González Prada, su discurso careció de demagogia y de prosa mazorral; él asumió, al igual que el viejo poeta y maestro, que para oír el verdadero latido del espíritu de la Patria no era necesario recurrir al lenguaje florido y con giros retóricos, bastaba denunciar con voz sincera y vigorosa la decadencia que padecía el Perú. Leguía nos dice al respecto:

Como orador sagrado y político es lo mismo como catedrático ¡Cuántos sermones fofos se han pronunciado en nuestra catedral metropolitana, y cuántos discursos enclenques se han escuchado en nuestro parlamento! Cuando Herrera ocupa el púlpito arquidiocesano o sube a la tribuna del congreso, pone, al contrario, en su oratoria, sello de personalidad, y recordamos sus contribuciones preciosas a la historia de la elocuencia nacional porque en ellas existe invariablemente un punto de vista original, un rasgo bizarro, la

apreciación justa de quien -¡sociólogo de raza!- se halla en contacto con la realidad y no descansa en su esfuerzo para interpretarla¹⁵.

El otro hecho importante ocurrió el 28 de octubre: Herrera es nombrado Rector del Colegio de San Carlos por el presidente Francisco Vidal, previa consulta al ministro Benito Laso; a esta casa de estudios se debe en gran parte las ideas políticas que se debatió en posteriores décadas en el Perú. Antes de aquella fecha, Vidal, en una visita casual, llegó a Lurín y fue atraído por la elocuencia de Herrera al analizar la situación política del Perú, y creyó conveniente que la brillantez de éste hombre debía ser útil en Lima. Taurel nos da una pincelada del encuentro:

Sus feligreses y las ciencias absorbían el alma del cura de Lurín, cuando pasó por este pueblo el general Vidal, que acababa de triunfar en una batalla de otro general que le disputaba el mando supremo. Quiso ver al cura y oír su opinión sobre las circunstancias políticas del país y la conducta que debía seguir el gobierno. El doctor Herrera se la expuso sencilla y claramente, con su genial franqueza. A los pocos días lo nombró ese gobierno rector de San Carlos, en noviembre de 1842¹⁶.

Herrera, hombre impregnado de celoso rigorismo y sintetizador por excelencia, fue consciente de que la primera tarea a la que debía consagrarse era la de ser justo en la tierra de injustos, ser responsable en la patria de la irresponsabilidad, ser leal en un país de desleales, ser crédulo en la patria de los incrédulos. Por eso, en el Convictorio, Herrera se trazó, como primer objetivo, trabajar con gran pasión en la olvidada educación moral y en recobrar el prestigio de San Carlos; para tal fin realizó reformas substanciales en los programas, se comprometió en la ruta de la disciplina y exhortó la obediencia absoluta a

¹⁵ Leguía, Jorge Guillermo. *Estudios Históricos*. Lima, Asociación Cultural Integración, 1989; p. 96.

¹⁶ Taurel, R.M. *Obras Selectas del Clero Contemporáneo del Perú*. Paris, Mézin, 1855; T. II, p. 31.

los estudiantes y, lo más importante, se consagró de lleno a difundir su doctrina autoritaria; desde entonces, pues, se propuso construir una morada sin trabas donde poder difundir su ideario. Él comprendió que tenía que suscitar, con su obra y con su vida, la promoción del hombre nuevo.

El 20 de enero de 1843, el Convictorio de San Carlos, tras un breve receso, reabre sus puertas. La presencia de Vidal y de Benito Laso avala la importancia de la ceremonia. Laso pronuncia el discurso inicial y, a partir de aquella fecha, se anuncia de lo que en el futuro sería una bella y trascendental polémica sobre la soberanía de la inteligencia y el principio de autoridad. Herrera, al asumir el cargo, responde con ideas inéditas en el Perú y prologa su doctrina con el siguiente párrafo:

La religión, garantía única de la probidad de los hombres, la veracidad; la subordinación, los principios salvadores de la sociedad, y hollados de continuo por las revueltas, se inspirarán a los alumnos como desea el gobierno: se les nutrirá de ellos, y la República podrá contar con honrados y pacíficos ciudadanos, que reemplacen a los que pierde cada día¹⁷.

Herrera, hombre de acción, creador y visionario, sujeto de realidades inmediatas y tangibles, y con una profunda visión histórica, anuncia de manera tajante “¡Que la Providencia proteja las importantes miras del Gobierno y el asiduo trabajo que vamos a emprender; y en breve, antes de ocho años, una generación nueva saldrá de San Carlos a cegar la fuente de las lágrimas que han inundado con frecuencia a la República!”¹⁸. Herrera, con estas palabras, traza el objetivo principal del Convictorio: forjar hombres con privilegiada calidad intelectual y moral, hombres que tengan como primer compromiso al

¹⁷ Herrera, Bartolomé. *Escritos y Discursos*. Lima, Librería Francesa Científica, 1934; T.I, p. 40.

¹⁸ *Ibíd*em p. 41.

Perú. Se infiere del primer acto de Herrera que el principio de una transformación debe empezar por privilegiar la inteligencia; él, con justificada razón, entiende que el éxito de cualquier revolución ha de principiar por la calidad del material humano y consideró que el Colegio de San Carlos debía ser un ente que forje en la juventud una conciencia vigilante.

Una fecha memorable en la biografía de Herrera fue el 28 de julio de 1846, en el Te-Deum celebrado en la Catedral con ocasión del 25 aniversario de nuestra Independencia. Herrera pronuncia, lejos de cualquier verbalismo maquinal, la médula de su doctrina: a) su concepción providencialista de la historia del Perú, b) su convicción de haber sido escogido por Dios para realizar una transformación en la sociedad y, c) defender la fe católica del liberalismo. De este modo, Herrera traspasa el umbral del confesionario al del hombre público, asume que el sacerdote-hombre no debe vivir alejado de la cosa pública y que los males de la casa solo son superables denunciándolos; por eso su voz, clara y vigorosa para la época, es un clamor para superar el caos, las injusticias y las frustraciones que menguan la moral y agobian la sociedad; él incursiona, sin medir las consecuencias, con agrias críticas al sistema político imperante:

Cree el célebre maestro que veinte años de vida, no democrática sino demagógica, ha constituido la refutación más elocuente del programa liberal de los fundadores de nuestra república, la cual, sin preparación, ni disciplina ni hábitos cívicos, ha menester de un gobierno férreo y una aristocracia que atenúen la fatalidad histórica que no nos brindó una monarquía tutora y constructiva¹⁹.

¹⁹ Leguía, Jorge Guillermo. Op. cit., p. 67.

Por eso Herrera trazó un norte, una nueva dimensión educativa: la reforma en el Colegio de San Carlos e inculcar en los estudiantes un profundo sentimiento patriótico, todo ello bajo el dogma católico.

Años más tarde Herrera fue elegido, en 1849, Diputado por Lima durante el primer gobierno de Castilla (1845-1851) y, luego, asumió la Presidencia de la Cámara. Su trabajo en el Congreso tiene dos ejes bien definidos: revalorar el principio de la autoridad política y puntualizar la independencia que debe tener la Iglesia frente al Estado. En esta época, Herrera y Pedro Gálvez, su discípulo en San Carlos, polemizan con altura e intensidad sus respectivos lineamientos doctrinarios. Los puntos centrales del debate giran en torno a la soberanía de la inteligencia y el voto de los indígenas. Al inicio del gobierno del general Echenique, en 1851, quien empezó su mandato con una tendencia conservadora, Herrera es nombrado Ministro de Justicia, Culto, Instrucción y de Relaciones Exteriores, como era en aquella época, y la de Gobierno, Policía y Obras Públicas. Demás está decir que en esta etapa de su vida su labor pública fue prolífica y loable, pero celos políticos terminaron con su gestión, que apenas duró ocho meses. Herrera fue un político que alentó la inmigración europea; a él se debe la primera que echó raíces en el Perú, la de Pozuzo; batalló, con luz y energía, por la reafirmación de la soberanía y autodeterminación nacionales; luchó por el mejoramiento y la creación de colegios con el fin de elevar el nivel educativo, además de fomentar la instrucción de la mujer, que por aquella época era muy limitada; solicitó al Congreso la supresión del tráfico de esclavos; en el campo jurídico, hizo redactar y promulgó los códigos civiles que rigieron por décadas; acuerda con Brasil el Tratado Fluvial de libre navegación en el Amazonas; intensificó el comercio con Europa; etc. Herrera, alejado de la

Presidencia del Gabinete, es nombrado en 1852 ante la Santa Sede como Plenipotenciario, y la misión explícita que tuvo fue la de gestionar y firmar un Concordato que definiera los intereses y las relaciones entre el Estado y la Iglesia, es decir, el respeto por parte del gobierno del Perú al dogma de la Iglesia que se consagró en la Constitución de 1860, de la cual formó parte; antes de aquella fecha la Iglesia fue maltratada por constituciones de corte liberal. El 11 de mayo de aquel año Herrera viaja a Roma secundado por jóvenes y sobresalientes diplomáticos que habían sido discípulos suyos en San Carlos. Su travesía lo condujo a Londres por unos días, luego visitó Francia, en donde recobra la amistad con Andrés de Santa Cruz. Herrera, cuyo prestigio intelectual había traspasado nuestro continente, fue acogido con grandes honores. Llega a Roma en noviembre y ante el Pontífice Pío IX presenta sus credenciales y pronuncia su discurso. Su misión especial, la celebración de la firma del Concordato, no se concretó con éxito, pero obtuvo algunas facultades para la Iglesia peruana, además de establecer un clima cordial para relaciones posteriores. Al respecto, Asís Roig expresa:

Desde el punto de vista diplomático no fueron pocos los triunfos que alcanzó en Europa para su país. Y, concretamente, de Roma consiguió el beneplácito para firmar el concordato con el Perú. Pero los liberales le volvieron a apartar de sus propósitos negándole el carácter con que estuvo en Europa y llamándole a que presidiese el Congreso. Con ello, ya terminado el Concordato, no se llegaría a firmar²⁰.

En setiembre de 1853, por llamado de Echenique, regresa al Perú. Ya en Lima, siendo aún Ministro ante la Santa Sede, alcanzó un informe de la misión fallida, pero no hay señal de su retorno a Roma. El Congreso reconoce en Herrera a un político de gran liderazgo y

²⁰ Asís R., Agustín. *Bartolomé Herrera. Pensador Político*. Sevilla, Mar Adentro, 1954; p. 18.

mentalidad en defensa del clericalismo, en razón de estas dotes lo nombra Consejero de Estado en 1853. Por aquellos años funda el periódico “El Católico”, tribuna desde la cual combate al liberalismo, al anticlericalismo y se declara rebelde contra el tinte liberal de la Carta del 56. En noviembre de 1857 se inició una guerra civil liderada por el conservador Manuel Ignacio de Vivanco contra Castilla, que terminó en marzo del 58. A la fecha Castilla, ostentaba el cargo de Presidente provisional. Castilla, que había disuelto la Convención Nacional en noviembre de 1857, convocó a elecciones para un Congreso Extraordinario y para Presidente. En octubre de 1858 se instaló el nuevo Congreso y fue Castilla ungido por segunda vez Presidente Constitucional.

Herrera, en 1858, elegido Diputado por Jauja, es Vice-presidente de la Cámara. A la fecha, los rivales de Castilla adujeron fraude en las elecciones, motivo por el cual el Nuevo Congreso pasó a ser Constituyente. Herrera resultó elegido Presidente de la Asamblea Constituyente del 58-59. En esta tribuna se trazó como meta defender los derechos de la Iglesia, por eso, al asumir el cargo, pronunció “Sí juro, pero en cuanto a obrar conforme a la Constitución, lo juro, salvo los artículos que se opongan a las leyes de Dios y de la Iglesia....”. La postura ultra conservadora de Herrera tuvo una fuerte reacción de los liberales; así, la tesis herreriana solo logró una relativa victoria. En 1859, ante un supuesto viraje de Castilla hacia los liberales, Herrera se retira del Congreso y se dirige a la ciudad de Arequipa, a donde fue designado Obispo. Los años más difíciles para Herrera se inician con la Legislatura del 60 cuando el Congreso se instala como Congreso Constituyente y es elegido Presidente de la misma; son días en que Castilla sufre un atentado y hay voces de conspiraciones. Herrera se propuso, frente a los vaivenes de la política nacional, corregir los

yerros de la Carta de 1856 y plantear una que, en su esencia, era ultra conservadora. Su proyecto político más importante tenía sugerencias básicas: mantener los privilegios de la Iglesia, la primacía del culto católico, la tesis de la soberanía de la inteligencia, la creación de un Senado funcional (representación de 10 tipos de ocupación), es decir, para él, era elemental que un Estado contase con un gobierno fuerte secundado por una representación de la gente más selecta de la sociedad. El proyecto del obispo y teólogo carolino, a la vista de lo liberales, fue rechazado, estos recusaron la tesis al mantenimiento del fuero eclesiástico. Bartolomé Herrera, decepcionado y víctima de la indignación, con un organismo ya mermado y por una cuestión de decoro y principios, renuncia a la presidencia del Congreso y a su cargo de diputado el 19 de setiembre de 1860 y ante el fracaso de sus ideales, opta por pontificar en su diócesis. La nueva Constitución fue consagrada el 13 de noviembre:

Herido por la supresión del fuero eclesiástico, abandonará, días después, tanto el cargo de Presidente del Congreso como de diputado por Jauja. No obstante el grave daño que sufre su salud, comenzaba diciendo, cuando interviene en las discusiones, tenía que hacerlo ahora 'para evitar el escándalo que causaría su silencio'²¹.

Esta fecha marca el retiro de Herrera de la política para dedicarse a su labor pastoral en Arequipa. El 10 de agosto de 1864 la Iglesia del Perú pierde, quizás, a unos de sus hijos más preclaros de la vida Republicana. Álvarez-Calderón nos ofrece una caracterización, invaluable, sobre la personalidad de Bartolomé Herrera:

Polémico y dialéctico por instinto, monarca de la oratoria, escritor de pluma concisa y clara, ascendía naturalmente sobre la superficie y gratuito, sobre el palabreo vacuo y recargado. Era además todo un carácter. La mirada franca y firme, el rostro definido, mensajero de un

²¹ Pareja Paz-Soldán, José. Op. cit., p. 123.

alma principista, el porte altivo de un cuerpo enjuto y lleno de nervio, revelaban inconfundiblemente al rígido disciplinario de San Carlos, y al político quijotesco que se atreviera amonestar al Presidente Castilla, diciéndole: “Si me amenaza el martirio, esto sería para mí una felicidad; mas no creo haber adquirido méritos bastantes para alcanzar esta corona. Yo estoy en mi puesto y lucharé en el Congreso hasta el último instante por la causa de la Iglesia y la Nación, aunque el gobierno ceje. Sentiría que un Gran Mariscal temiese más a la muerte que un sacerdote²².

²² Álvarez-Calderón Ayulo, Carlos E. Op. cit. p. 35

CAPÍTULO II

EL PROYECTO IDEOLÓGICO

a) San Carlos y Herrera.- Herrera desempeña una gran labor en el Convictorio de San Carlos, en donde supo imprimir reformas sustanciales en la enseñanza que marcaron un nuevo rumbo y un gran prestigio para dicho claustro; en sus aulas impulsó la gran reforma en el aspecto moral, social, político y científico. Aquí, en estas aulas, germinaron las ideas conservadoras de Herrera, aquí es donde pergeñó su andamiaje doctrinario; mientras tanto, no muy lejos, en el Colegio Guadalupe, germinan las ideas liberales. La asunción por parte de Herrera en el cargo de Rector del Convictorio marcó un hito en la historia del Perú, ya que se reinicia la pugna entre dos generaciones antagónicas, pues se renueva la ancestral polémica entre los autoritarios, defensores a ultranza de la disciplina y el orden, y aquellos que abogaban por la primacía de la libertad, doctrina defendida por los liberales. En esta fecha se da inicio al segundo momento doctrinario en el Perú, como expresa Basadre:

Precisamente en aquella época se reanudó, acaso en forma más bella y elevada que antes, el diálogo entre autoritaristas y liberales, entre los defensores del orden y los defensores de la libertad. Las figuras que en este diálogo se definen más nítidamente son las de Bartolomé

*Herrera, Benito Laso, Pedro Gálvez y Francisco de Paula González Vigil*²³.

El primer momento doctrinario enfrentó a monarquistas y republicanos. Entonces surgió un triunvirato que prestigió la política nacional: el clérigo Francisco Javier de Luna Pizarro, José Faustino Sánchez Carrión y Francisco Javier Mariátegui, abogados ambos que conformaron la mesa directiva de nuestro primer parlamento, en donde la Carta Magna de 1823 impuso ideas de la Revolución Francesa; así, la primera constitución tuvo como fuente una línea liberal. El segundo momento se constituyó en una nueva ardua disputa entre conservadores y liberales, y Herrera bregó con gran pasión por imponer la soberanía de la inteligencia sobre la soberanía popular y postuló el voto restringido al voto popular. Pero, por encima de todo, no dudó en proclamar a viva voz que el trance dramático que llevó a la descomposición y a la ruina del país en casi todos los estamentos gubernamentales fue consecuencia de la pérdida del principio de obediencia, mengua que se inició en la lucha de nuestra emancipación y se mantuvo, luego, por obra de un hato de gobernantes que vieron que ese era el camino más fácil para su encumbramiento personal. Don Manuel González Prada, notable agitador de ideas de corte progresista de fines del siglo XIX e inicios del XX, encarnó el tercer momento doctrinario del Perú. Su magisterio, su clero progresista, ilustró política e ideológicamente a las generaciones de inicios del siglo XX.

El Convictorio de San Carlos, faro de renovación pedagógica e ideológica, fue fundado en 1770 con arreglo de a Real Cédula del 9 de julio de 1769. Durante todo ese periodo, hasta

²³ Basadre, Jorge. *Historia de la República del Perú*. Lima, 2005, El Comercio. T. IV, p. 146.

la toma del Rectorado por Herrera, había ganado un gran prestigio como institución educativa. Basadre expresa:

Fue erigido el Colegio de San Carlos en 1770 en la casa de noviciado de la Compañía de Jesús después de la supresión de esta, reuniéndose en él los colegios reales de San Felipe y San Martín. Se concentró allí la enseñanza científica y filosófica porque la Universidad solo confería grados. Toribio Rodríguez de Mendoza propugnó en sus aulas ideas liberales. De 1822 a 1842 la vida de este plantel llegó a ser intermitente, sin evidenciar progreso en su docencia. Herrera inició una reforma, en los estudios mismos, en la disciplina y en la organización²⁴.

Herrera trazó, en la mitad del siglo XIX, una tarea análoga a la realizada por Toribio Rodríguez de Mendoza como Rector de San Carlos a fines del siglo XVIII e inicios del XIX, el prócer chachapoyano tuvo gran mérito en formar la generación que enarboló nuestra Independencia. Herrera se trazó la gran tarea de formar la primera generación de republicanos autoritaristas y conservadores. Así, el clérigo limeño no dudó en vindicar la filosofía tradicional frente a las ideologías del enciclopedismo francés difundidas por los liberales de las primeras generaciones del Perú.

En noviembre de 1842, Herrera asumió la dirección de San Carlos —tenía a la fecha 34 años— y su principal preocupación, la capital, fue la de transformar y darle nueva vida al espíritu carolino. Aquí, en este claustro, estimó el clérigo que era la tribuna ideal para predicar su credo autoritarista, por eso no tuvo la menor duda en imponer una profunda reforma en los métodos de enseñanza y, sobre todo, en instaurar una rígida formación filosófica, teniendo como insignia la enseñanza del postulado de la soberanía de la inteligencia contra el principio de la soberanía popular:

²⁴ Basadre, Jorge. Op. cit., T.IV. p. 150.

La disciplina de los colegios de Lima y los estudios se hallaban en total abandono, que la mayor parte de las familias enviaban a sus hijos a educarse a Chile. El doctor Herrera se dedicó con todas sus fuerzas a hacer de San Carlos un colegio católico europeo. Para esto lo cerró, y volvió a abrirlo con colegiales nuevos y bajo un nuevo plan²⁵.

Herrera promueve en San Carlos profundas reformas; quería y ambicionaba que su claustro se constituya en un foco de renovación pedagógica e ideológica, y para ello era necesario imponer cambios en el programa de estudios y un nuevo régimen disciplinario, es decir, recurrir al orden y al principio de autoridad. Se propuso llevar al más alto nivel la educación en San Carlos y que en sus aulas se genere preocupación y se adquiriera responsabilidad intelectual con las necesidades del país. Quiso Herrera convertirse en un incansable amasador de un nuevo espíritu, de una nueva conciencia; no se quedó con el esbozo de un plan, sino que lo asumió con el costo de la responsabilidad. Castro Harrison apuntala muy bien cuando dice que:

En toda reacción, como en toda revolución, existen dos elementos primordiales: uno, el ideal que ella persigue; otro, el conjunto de medios para conquistarlo. El ideal de Herrera es —ya lo sabemos— el sostenimiento del principio de autoridad. Ahora bien, ¿cuáles son los medios?: los de la educación; ¿cuál la hueste que ha de emplearlos?: la juventud. Puesto al frente de San Carlos, dijo: “los principios salvadores de la sociedad, hollados de continuo por las revueltas, que inspirará a los alumnos, han de ser: la Religión, garantía única de la probidad de los hombres; la veracidad y la subordinación”. “Nutridos”, con ellas los carolinos, la República podrá contar con honrados y pacíficos ciudadanos, que reemplacen a los que pierde cada día²⁶.

Así, Herrera es el hombre que avizora la posibilidad de un Perú nuevo, el hombre que no cae en la desesperanza ni somete el destino al azar, pues este camino entraña decisiones

²⁵ Taurel, R.M. Op. cit, p. 32.

²⁶ Castro Harrison, Jorge. *Bartolomé Herrera*. s/d., p. 31.

irracionales y, tal como lo hizo el paradigmático González Prada décadas después, el presbítero limeño también puso el dedo en la llaga y no dudó en acusar el proceso decadente de la joven República; para Herrera, los senderos conducen al Perú a la incertidumbre. No titubeó, nuestro clérigo, en refutar, en poner en tela de juicio los actos de los regímenes y en señalar a los réprobos, los hechos que propiciaron el vicio, la demagogia, la corrupción, el caudillismo, la belicosidad de los gobernantes de turno, etc. Su palabra clerical es el atalaya, la denuncia ante el presente y una nueva interpretación, una voz salvadora del porvenir de la joven Patria.

El 5 de mayo de 1843, en la oración fúnebre del arzobispo Francisco Sales Arrieta, Herrera esbozó con más claridad su derrotero:

... la desgraciada Filosofía del siglo pasado, a esa filosofía que llevaba el germen del materialismo, que se desarrolló después, y que cundieron en los pueblos, hizo vacilar creencias más bien fundadas; quiso destruir el origen celeste de las ideas sublimes y de los sentimientos nobilísimos que brotan del fondo de esta imagen de Dios, que llamamos nuestra alma; y pretendió que nacieran del polvo grosero, pesado y muerto que pisamos²⁷.

En esta alocución, el joven clérigo limeño, historió las causas del infortunio del Perú: los preceptos morales y políticos arruinados; las ambiciones y las pasiones gozando de su albedrío; la moral y la religión arrasadas por la corrupción; el principio de obediencia desprestigiado; y la anomia imponiéndose como modelo de conducta social.

La presencia de Herrera como Rector le da prestigio al Convictorio de San Carlos. Hombre de gran espíritu humanista, de profunda raigambre católica, conservador de las tradiciones, lejos de los caminos del azar por ser esta una amenaza, de profundo amor por

²⁷ Herrera, Bartolomé, Op. cit., T.I p. 47.

la peruanidad, con estudios de Filosofía, Teología y Jurisprudencia, tal vez quiso hacer de San Carlos una renovación del espíritu que recogió con Toribio Rodríguez de Mendoza en el Seminario de Santo Toribio, quien como rector entre 1786-1817, dispuso un Plan reformista en San Carlos en 1787; el ideólogo chachapoyano hizo de San Carlos el “cuartel general de la insurrección peruana”.

El Perú urgía de profundos cambios, pues la crisis laceraba el naciente espíritu nacional; era inconcebible, así lo entendió Herrera, que décadas después de nuestra Independencia en la joven patria imperase la anarquía, el despotismo, la frustración, etc. era el momento de echar las raíces para lograr un cambio. Herrera, que era un espectador sagaz, agudo y crítico del sistema, consideró que ese era el momento para hacerle frente, pensando, tal vez, que la solución estaba en el orden, en la autoridad, en la jerarquía. Pero para imponer su magisterio era necesario alejarse de todo empirismo, sensualismo y protestantismo, doctrinas que habían destruido todo principio de autoridad, no tuvo la menor duda, nuestro insigne clérigo, en impugnar el enciclopedismo que tantas luces dio a Francia en la segunda mitad del siglo XVIII, y que tuvo como pilares de su doctrina el racionalismo y el empirismo. Pero, sobre todo, se propuso desterrar de nuestras incipientes instituciones educativas y sociales la influencia de dicha filosofía. Herrera, hombre de dogma y de acción, estaba convencido de que solo la doctrina católica infunde y defiende ese respeto, y que había que reivindicar tal principio. Él no entendió por qué se habla de libertad, igualdad y fraternidad, y poco o nada se habla de la importancia de la autoridad; él, tempranamente en nuestra historia, visionó que la autoridad es égida de toda sociedad. Es de justicia adjudicarle el mérito de haber descubierto una de las causas de la honda inestabilidad de nuestra Patria.

Herrera, que vivió en carne propia dos décadas de caudillaje, militarismo, revolución, contrarrevolución y anarquía, supo valorar todo ello en un marco teórico agónico, caótico para la República, Alarco dice atinadamente que:

La nación, herida en su organismo político flamante, era pasto de la anarquía sin fin e irrefrenada. Era menester el orden, el sosiego interno. Y para esto, se imponía imperioso el gobierno legal, pero enérgico y decidido, que hiciese respetar la ley y provocar la calma. Herrera, a la altura de su tiempo, encontró el recurso. Y propugnó el gobierno fuerte²⁸.

Ese fue el Perú que contempla y estudia Herrera, en esta dolorosa realidad comprende de la aprehensión y necesidad de nuevas doctrinas, y comprendió de la urgencia, inostergable, de la formación de nuevos hombres; ese fue su horizonte y su lucha inquebrantable. Pero la raíz de su preocupación apunta más profundo:

Herrera espera en primer término que la República sea fiel a la ideología de la emancipación. No sólo ganar la guerra. Ganar asimismo una vida mejor en manos de los peruanos. Debemos plantearnos una pregunta ¿Cuál es el pensamiento de la Independencia? En otras palabras ¿Por qué nos separamos de España? El mismo 20 de enero de 1843, en la mencionada clase inaugural también dijo: “.... y la República podrá contar con honrados y pacíficos ciudadanos, que reemplacen a los que pierde cada día.....y en breve, antes de ocho años, una generación nueva saldrá de San Carlos a cegar la fuente de lágrimas que han inundado con frecuencia la República²⁹.

Herrera, hombre de innata convicción, avizoró que el alma nacional estaba resquebrajada, no se oía ni se sentía una voz de esperanza capaz de unificar esfuerzos y objetivos para consolidar la institucionalidad del país, el Perú estaba sumergido en el caos y bajo la sombra

²⁸ Alarco, Luis Felipe. “Discurso en Homenaje”. En *Bartolomé Herrera, Homenaje en Su centenario 1864-1964*. Lima, GUE Bartolomé Herrera, 1964; p. 45.

²⁹ Herrera, Bartolomé. Op. Cit. p. 41.

de la anarquía. Todo ello hizo germinar en el espíritu humanista de Herrera la idea de construir una generación de ciudadanos capaces y eficientes para asumir responsabilidades de gobierno, quería hombres que tutelaran la médula vital del Perú, que no se conformaran con una visión periférica. No dudó en poner el colegio al servicio de las necesidades de la Patria, y qué mejor manera de hacerlo que modelando, forjando, en sus aulas a ciudadanos capaces de asumir las altas responsabilidades que el Estado requiere; quizás apasionado por grandes ideales quiso hacer de San Carlos, utópicamente, un centro de reserva moral. El padre Herrera no usó el púlpito solo para denunciar sino que se esmeró por hacer del Convictorio una sede en donde se forjen los discípulos que han de formar parte del ejército de la aristarquía, la aristocracia del saber.

Una fecha destacable en la vida de Herrera es el 28 de julio de 1846; en ese día, en el Te Deum celebrado en la Catedral de Lima, en conmemoración del aniversario patrio, Herrera pronuncia, sin temor alguno, un sermón crucial para la comprensión de lo que sería luego su centellante actuación pública. Planteaba la historia desde una perspectiva providencialista, y razonaba así: El imperio incaico cumplió una misión, unificar y civilizar a los indígenas; pero en plena guerra de sucesión, que puso en peligro al imperio incaico, llegó España. Esta civilización, y con ella todos sus elementos culturales, aparece como la depositaria de la fe católica. Luego, tras un cierto arraigo y apogeo de la época colonial, llega inevitablemente la emancipación. Herrera afirma que existe una autoridad que manda y gobierna desde adentro: Dios. Esto quiere decir que todo cuanto existe en la sociedad, sean gobernantes, legisladores, etc. son solamente mandatarios que dependen de la voluntad de Dios, es decir, éstos solo son medios de un ser superior, y que la llamada

soberanía popular —dice Herrera— no es sino la obediencia a sus autoridades, pues esto está conforme a la voluntad de Dios “.....aunque no dije que la soberanía popular consistía en la obediencia á las autoridades, conforme á la ordenación de Dios, admito como tesis que el pueblo está obligado á obedecer á las autoridades conforme á la ordenación de Dios”³⁰. Más radicalmente, Herrera dice:

*Que la soberanía en esos dos sentidos viene de Dios es una verdad incuestionable. Lo ha sido también siempre que el derecho de mandar, ó soberanía en el más propio sentido de la palabra, viene de Dios; porque Dios es la fuente de todo derecho, y porque, siendo el único soberano de los hombres, nadie puede tener autoridad legítima, si no la recibe de Dios*³¹.

Este punto de vista providencialista no era nada nuevo para Herrera, pues ya se divulgaba la idea, por aquel entonces, que la historia humana no era sino la voluntad de Dios. Para Herrera, por ejemplo, cuando desde la teoría del derecho natural refuta la teoría del contrato social, que sostiene que la sociedad de hombres es producto de un contrato, lo que quiere decir que esa institución social es de por sí un ente artificial; esto implica que no responde ni a una institución divina ni a un orden natural que son los que determinan, de antemano, el ordenamiento social. Herrera, como hombre de fe, estuvo convencido de ser el depositario de Dios, el apóstol a quien el Divino le encargó un papel constructivo para emprender un plan integral de reforma en la joven república, y este consistía en una lucha por instaurar la moral, combatir el liberalismo y vigilar por los principios e identidad cristiana.

³⁰ Herrera, Bartolomé. Op. cit., p. 106.

³¹ Ibídem, p. 97.

Esta tesis sanguínea herreriana iba a marcar un hito, un nuevo capítulo en las disputas ideológicas en el Perú, es, como afirma Basadre, “el segundo momento ideológico del Perú”, es decir, que este momento histórico enfrentó a los ideólogos del gobierno fuerte, que vindicaban los autoritaristas, con los apólogos de la libertad, vindicada por los liberales. Los primeros optaron por una línea clerical, autoritaria y centralista, como dice Cotler:

*destinada a recuperar el orden patrimonial perdido con la independencia, para lo cual se hacía necesario un poder ejecutivo fuerte y centralizado, y la limitación de la participación política y la consagración de fueros privativos para la Iglesia y el ejército. Herrera y sus discípulos del Convictorio de San Carlos serían por antonomasia los representantes de esta tendencia*³².

Los liberales, en cambio, regaron las raíces de su credo con postulados de la Revolución Francesa, exagerando en demasía el individualismo y haciendo de la libertad un concepto atómico, mecánico y funcional; no vieron que por encima está la colectividad como una unidad vital, orgánica. Los debates, las luchas de ideas, se dieron en varios estamentos: en la legislatura, en las cátedras, en los periódicos, etc. No se puede negar, sin la menor duda, que para superar la colisión ideológica y solucionar los problemas sociales, los políticos de uno u otro lado tuvieron que desplegar toda su sabiduría y virtudes, pues de por medio estaba ganar la adhesión de la juventud, entendieron que la salvación del Perú descansa en las ideas, en el libro, en la biblioteca, en los maestros; visionaron que “El Perú se salvará sólo bajo el polvo de una biblioteca”³³.

La posición de Herrera tocó las raíces del pensamiento liberal. Basadre dice: “La aparición de Herrera marca una reacción liberal que tiene tres importantes manifestaciones

³² Cotler, Julio. Op. cit., p. 93.

³³ García Calderón, Francisco. *El Perú Contemporáneo*. Lima, Editorial del Congreso del Perú, 2001; p. 37.

iniciales: a) la polémica de Laso con Herrera, las discusiones parlamentarias entre Pedro Gálvez y Herrera y la rivalidad Gudalupe – San Carlos”³⁴. Las disputas con los liberales hizo de Herrera y del Colegio San Carlos el núcleo permanente de la reacción absolutista, como lo sostenían Laso y sus seguidores. Más aún, Herrera era partidario de la soberanía de la inteligencia, es decir, postuló la tesis no muy *sui generis* del gobierno de los más aptos, que los hombres con talento superior tienen el don del dominio y, de hecho, ellos son los que muestran las mejores aptitudes para la tarea que habían proyectado, esto es , forjar hombres con renovados conceptos éticos, morales y con capacidad para gobernar. Pero, para lograr el objetivo de hacer de San Carlos un colegio donde se garantizara la formación de nuevos ciudadanos, con capacidad de rescatar el principio de autoridad, Herrera se comprometió en hacer una reforma substancial que permitiera a San Carlos ocupar un lugar privilegiado en el escenario histórico; quizás, bajo un espíritu utópico, creyó que allí estaban los predestinados de su creación. El maestro de San Carlos fue quizás el primero que comprendió que, ante la realidad catastrófica había que restablecer la jerarquía del orden: el éxito de toda empresa humana tiene en la idea del orden un sustento sólido.

b) La reforma en San Carlos: la génesis y la difusión de su doctrina.- Herrera, como Rector de San Carlos, se consagra a su gran obra: la formación de nuevos ciudadanos para la causa que el Perú requería. Según de la Puente, “...recibe el colegio con el esquema anterior y desde el primer momento su presencia ofrece entusiasmo, optimismo. Hay nuevo aire... Crea en los alumnos esa preocupación por la responsabilidad intelectual y moral y por

³⁴ Basadre Jorge. Perú. *Problema y Posibilidad*. Lima, COTECSA, 1984; P. 73.

el servicio que se debe al país”³⁵. Con su capacidad de análisis y decisión formula la reforma en el plano educativo, en la disciplina y en la organización, su preocupación era adecuar el sistema de enseñanza a las nuevas expectativas que él se había propuesto darle al Perú. Así, Herrera se trazó, como primera tarea, disciplinar a los estudiantes bajo su credo autoritarista. Logra rescatar asignaturas que respondían a las exigencias de la reforma, sobre todo las materias de ciencias exactas, las cuales comprendían los cursos de Álgebra, Aritmética, Trigonometría, etc. También los cursos de Derecho Canónico, Natural y de Gentes, todas ellas correspondientes a las Ciencias Jurídicas, y se continúa con el antiguo régimen con ligeros cambios en el último curso. En Filosofía se cursaba Lógica, Moral, Historia de la Filosofía, Ontología, entre otros.

La Reforma de Herrera introduce cursos como Matemáticas Puras y Aplicadas, Física (Mecánica y Óptica), Derecho Natural, Civil, Constitucional de Gentes, Patrio, Romano y Canónico, etc. Las asignaturas de mayor importancia para el objetivo ideológico de Herrera se van a dar en las asignaturas filosóficas y jurídicas, sobre todo en las últimas, pues Herrera introduce la Doctrina de la Soberanía de la Inteligencia. Introduce ideas del jurista y filósofo alemán Heinrich Ahrens (1781-1832). En 1848 tradujo e hizo anotaciones a la obra del político portugués Silvestre Pinheiro Ferreira (1769-1846) en un *Compendio del Derecho Público Interno y Externo* para uso exclusivo del colegio de San Carlos:

Herrera escogió el texto de Pinheiro, como paladinamente lo dijo al empezar sus anotaciones, porque abandonó el empirismo rutinario de la escuela histórica y se lanzó con intrepidez en pos de los principios...Pero disentía de él en puntos fundamentales, como en su definición misma del Derecho público. Lo consideraba demasiado

³⁵ De la Puente y Cándamo, José A. *Bartolomé Herrera*. En: *Bartolomé Herrera y José Gálvez*. Lima, Editorial Universitaria (Biblioteca Hombres del Perú XXV), 1964; p. 17.

influido por Bentham. Herrera insistía en la existencia de una ley distinta de la voluntad y de los intereses humanos. Definía, una vez más, la soberanía como “el derecho de mandar una nación”³⁶.

Herrera no claudicó con sus principios y siempre tuvo como su fuente vital el sermón del 1846, recurrió a Cousin y a Guizot como sus inspiradores y, como consecuencia de estas doctrinas, alegó con firmeza que la autoridad no se delega, que el elector no tiene otra cosa que aceptar la capacidad de un superior elegido y someterse a ella. Como principio desechó la enseñanza de todo sensualismo en la moral e impugnó la prédica jansenista que niega autoridad alguna al Papa; introdujo ideas del político François Guizot (1787- 1874); también adoptó ideas del político francés Victor Cousin (1792-1864); e hizo suyas ideas del filósofo francés Pierre Paul Royer-Collard (1763-1845), miembro, conjuntamente con el francés Cousin, del movimiento espiritualista. Herrera se trazó un ideario conservador desde el momento en que asumió el Rectorado de San Carlos, quiso y se consagró con todo vitalismo, lejos de ser una mera prédica claustral, a una verdadera reforma, y no dudó ante la más alta autoridad ministerial en expresar con efusiva voz nuevos tiempos:

Debo declarar en honor del Colegio, que encuentro en estado de adelanto notable las ciencias exactas y naturales. Por lo que mira a las morales, reclaman una indispensable reforma el estudio del derecho de gentes y el de filosofía del espíritu humano. Voy a enseñar yo mismo un curso en esta última ciencia, aprovechándome de la abundancia de luz que han vertido sobre ella Escocia y Francia³⁷.

Se ve con claridad que Herrera, con mucho criterio, supo desterrar de las aulas las doctrinas educativas basadas en la Enciclopedia y en la influencia de la Revolución Francesa en lo

³⁶ Basadre, Jorge. (2005), p. 152.

³⁷ Herrera, Bartolomé. Op. cit., p. 40.

concerniente al absolutismo bonapartista. Trató, en todo momento, de recoger e inculcar en sus discípulos las novedades que descubrían las ciencias.

San Carlos recobra así prestigio bajo la guía de Herrera, de sus aulas van a salir intelectuales que darán luces a la historia en todos los campos de la cultura. Entre ellos sobresalen los hermanos Pedro y José Gálvez quienes, por paradoja del destino, tomaron el sendero del liberalismo, Evaristo Gómez Sánchez, José María Irigoyen, alumno predilecto de Herrera, quien defendió la tesis de su maestro sobre la soberanía de la inteligencia en presencia de Ramón Castilla, pues era costumbre que el Presidente asistiera a la graduación de los alumnos.

c) Inicio de la lucha ideológica: San Carlos vs. Guadalupe.- A mediados del siglo XIX, resuelto el tipo de gobierno que más convenía, el Perú paso a ser escenario de una lucha ideológica; el dilema fue autoridad vs. libertad:

La pugna entre liberales y conservadores adquiere cimas y simas dignas de admiración, pero es evidente la necesidad de reformas sociales para acentuar lo logrado en campos de batalla y forman o ponen en peligro los cambios de gobierno por voluntad popular, a fin de darle a la independencia la dimensión que la ciudadanía tenía el derecho a esperar³⁸.

La idea del gobierno fuerte frente a la idea de la libertad. La primera liderada por Herrera, la otra sostenida por Laso. Una representa el autoritarismo, la otra el liberalismo. La primera tuvo su fortín ideológico en San Carlos, la segunda tomó como bastión el colegio Guadalupe. En el Convictorio de San Carlos se formó a jóvenes bajo la prédica del autoritarismo y la soberanía de la inteligencia, Herrera los encauzó en la labor política y

³⁸ Castro Harrinson, Op. cit., p. 15.

promovió frecuentes polémicas con los liberales, quienes, dicho sea de paso, resultaron ser célebres figuras de nuestra historia: Francisco J. Mariátegui, Francisco de Paula González Vigil, Benito Laso, Paz Soldán, Sebastián Lorente y los hermanos Pedro y José Gálvez.

Esta lucha ideológica, como afirma Basadre, llegó a ser “el segundo momento ideológico del Perú”, puso en rivalidad al Convictorio de San Carlos con Herrera como Rector y al colegio Guadalupe bajo el rectorado de Sebastián Lorente y, luego, Pedro Gálvez. La lucha en sí misma no gira en torno a las materias mismas sino en los sustentos filosóficos, jurídicos y políticos. Basadre ilustra prolijamente este hecho histórico afirmando que:

*San Carlos encarna el sentido del orden; Guadalupe el de la libertad. San Carlos el espíritu aristocrático o mejor dicho aristárquico; Guadalupe el espíritu democrático. San Carlos la doctrina de la soberanía de la inteligencia; Guadalupe la doctrina de la soberanía del pueblo. San Carlos el providencialismo y el clericalismo; Guadalupe el laicismo. San Carlos la tendencia a la disciplina de la obediencia; Guadalupe la reivindicación de la libertad de discusión y de conciencia. San Carlos sigue a Guizot y Cousin; Guadalupe a Benjamín Constant*³⁹.

Vistos juiciosamente los argumentos de unos y de otros, resulta patente que hay coincidencias entre conservadores y liberales, ello se debe a que las fuentes de ambos, por lo general, fueron las mismas, lo que los diferenció fue la interpretación y la tribuna.

Cabe recalcar que la obra de la Revolución Francesa de 1789, y con ella el documento de la *Declaración de los Derechos del Hombre*, se proyectó en toda Europa y en la Independencia americana y peruana fue aceptada con sus bemoles, y las ideas de libertad e igualdad ante la ley, consagradas por ella, se extienden a todo el continente durante el siglo XIX. El liberalismo es, quierase o no, hijo de aquella revolución. Se trata de un amplio

³⁹ Basadre, Jorge. 1984. Op. cit., p. 74.

movimiento ideológico en cuya base está la exaltación del individuo y de los derechos que le son propios e inherentes a su estado natural. Esta concepción se proyecta en los más diversos ámbitos de la vida de los pueblos, pues llega a constituirse en una nueva concepción de la sociedad y de los individuos, cobrando influencia en los procesos de las revoluciones ideológicas y políticas.

El liberalismo en el Perú no tuvo raíz inglesa que es la raíz pura, pues se fundamentó en el constitucionalismo francés y en las dos corrientes del liberalismo que se desarrollaron en el siglo XIX en España: la moderada o doctrinaria y la progresista o radical, y que lo propugnaba un partido político que abogaba por el gobierno constitucional. Luego, otros países adoptaron el término “liberal” para designar a un gobierno, un partido o una política, que tuviera como fuerza centrífuga, como axioma social, la libertad en oposición a todo tipo de autoritarismo. En cuanto a filosofía, el liberalismo está lejos de caer o pertenecer a un sistema cerrado, con dogmas fijos e inalterables y, como dice Ferrero, nuestro liberalismo apenas tuvo una “categoría funcional” y política, social y económicamente, su matriz, su experiencia, estuvo muy alejado del europeo y del norteamericano. Al liberalismo más bien se le puede caracterizar como una actitud práctica, mental y funcional ante la vida y los problemas socio-políticos, actitud que destaca el valor de la libertad para los individuos, minorías y naciones. Laso, un liberal radical y pesimista, dice:

Conservadores son los que no reconocen en las sociedades sino el principio de autoridad, es decir, que los pueblos no tienen derecho para pensar ni menos para arreglar y fijar la verdad de sus respectivos gobiernos. Son los que limitan el pensamiento a sólo los mandones, no dejando ni permitiendo a los individuos asociados a discurrir,

*reflexionar, y mucho menos censurar los actos y disposiciones de los que bien o mal se han colocado en el trono del gobierno*⁴⁰.

Benito Laso, uno de los críticos del discurso de Herrera, sostenía que los conservadores le negaban a los pueblos la facultad de pensar y opinar sobre sus respectivos gobiernos. También decía que la teoría de soberanía de la inteligencia era una doctrina inconsistente y de fácil uso de aquellos que ambicionan ser tiranos. Según Laso resultaba muy injusto para la patria que se condene a la gente de raíces populares a la obediencia y a una ciega sumisión perpetua. También expresaba que todos los peruanos, sean indígenas y negros analfabetos, deben ser hombres libres y en pleno goce de sus derechos, y con potestad de elegir y ser elegidos. En la línea de Laso está el liberal Pedro Gálvez, quien decía que la capacidad no era el origen del derecho, de manera que “no se puede declarar a los menos capaces absolutamente incapaces y a los más capaces absolutamente capaces”. De modo que la aptitud para elegir no se funda en la sapiencia de la escritura. Hay otros elementos que se puede considerar como la edad o la madurez mental que no se desarrolla solo por la escritura sino por el ambiente, el roce social, etc. Para Gálvez, todo individuo, letrado o no letrado, tiene capacidad para algo y de ese modo contribuyen al país. Este liberalismo presenta características propias:

- a) defensa de las libertades y derechos individuales;
- b) igualdad ante la ley;
- c) la Soberanía (o primer poder) deja de residir en el rey, se plantea el principio de la Soberanía Nacional;

⁴⁰ Laso, Benito. *El Poder de la fuerza y el poder de la ley*. Lima, Hora del Hombre, 1947; p. 19.

d) su inmovible fe en la libertad es necesaria para alcanzar toda meta deseable. Marca su total rechazo a la autoridad absoluta, ya fuera del Estado, de la Iglesia o de un partido político;

e) se ha de considerar que el individuo es un fin en sí mismo;

f) tiene como precepto que sin libertad la vida no es digna de ser vivida. Esta fue una poderosa razón por la cual planteaba la libertad del individuo de las restricciones injustas y embarazosas que imponía el sistema de gobierno, las instituciones, etc.

Según el ideólogo y sociólogo inglés del pensamiento moderno Leonard Trelawney Hobhouse (1864-1929), “el liberalismo es la creencia de que la sociedad puede fundarse sin riesgo en esa fuerza autopropulsora de la personalidad”⁴¹. Y, a juicio de los líderes liberales, es posible que todo se pueda perder, pero es menester luchar con todo y contra todo por los derechos esenciales del hombre: la libertad de opinión y de conciencia. Si se pierden estos principios, nada tiene valor ni esencia.

Más sensibles al caos social, a la anarquía, a la inseguridad de la vida, al resguardo de la propiedad, experimentados durante años y divisando un futuro poco prometedor para nuestra República, los autoritarios urgían de un plan para instaurar el principio de autoridad, pues esta se había desvalorizado. Es así como San Carlos se convierte en el centro de propagación de las doctrinas autoritarias y conservadoras, en oposición al pensamiento de los liberales que se profesaba en Guadalupe. Esta fue una tenaz lucha ideológica, pero a la vez alturada, tal como corresponde a hombres que aspiran a ser guías de un pueblo. En la contienda ideológica estaban frente a frente Bartolomé Herrera y Pedro Gálvez, dándose

⁴¹ Salwyn Schapiro, J. *Liberalismo*. Bs. As, Paidós, 1965; p. 12.

inicio al debate entre el orden y la libertad, y los dos colegios iban a ser tribunas donde se afianzaran sus doctrinas. La polémica salió de los claustros estudiantiles, pero también llegó a los diarios más importantes, ya que estos tomaron partido por una u otra causa.

El liberalismo, con la posición de Herrera, reaparece en el escenario histórico, despierta desde los primeros años en que se había afirmado la República. Gracias a Herrera es que el liberalismo revive y reinicia la lucha ideológica, es a consecuencia del pronunciamiento de Herrera en su célebre sermón de 1846 en presencia de Castilla y de Laso; este último, fundador de la Independencia, abrazó el autoritarismo en una época, luego los embates de la política lo encaminaron al credo liberal. Los liberales iban a responder en el “Correo Peruano” bajo la dirección de Benito Laso, quien a su vez fue el fundador del diario; los conservadores, bajo la conducción de Herrera, replicaban en “El Comercio”. La lucha ideológica estaba dada, el pueblo en todos sus niveles sociales se prestaba a presenciar un gran debate ideológico, debate que nunca salió del ámbito de la honradez y de la tolerancia.

Los conservadores consideraban peligrosos a los liberales y para advertir de ello no dudaban en apelar a la nostalgia de los tiempos iniciales del proceso independentista. Sostenían los liberales que si antes se enfrentaron y lucharon a los monarquistas en la justa defensa de la independencia y la libertad, hoy estaban comprometidos con un ideal tan noble como la independencia: defender las amenazadas libertades del hombre. Pues bien, es menester preguntarse por qué los conservadores veían peligrosos a los liberales, y ello responde a que creían que era una ideología anárquica y destructora, y que había producido más daños que bienes a las sociedades, y se preguntaban: ¿Qué consecuencias ha traído el liberalismo a las sociedades? Y no dudaban en responder, ellos mismos, en los siguientes

términos y siguiendo un ideario proclamado: 1. El desacato y repudio a toda autoridad. 2. El imperio empirista sobre la razón y la justicia, o más bien el triunfo de la carne sobre el espíritu. 3. Un afán destructor, anárquico. 4. La tiranía feroz de las pasiones con todos los horrores que cabe esperar de esta. Eso es lo que se puede esperar del liberalismo, por eso Ferrero ilustra muy bien las primeras incursiones de los liberales en el campo político:

La primera generación liberal había fracasado en su propósito de lograr progreso cívico y paz. Ni la carta de 1823, liberal hasta la utopía; ni la de 1828, equilibrada y de corte estadounidense; ni menos aún la de 1834, contemporánea a una época de anarquía, obtuvieron vigencia real. También los autoritarios, partidarios de un gobierno fuerte y civilizado, fracasaron en la primera edad republicana, puesto que la carta vitalicia de Bolívar apenas rigió dos meses y los gobiernos de Gamarra y Vivanco sólo lograron despertar el repudio por sus métodos violentos...⁴².

En resumen, nuestros liberales fueron idealistas, románticos, quisieron construir un Estado ideal, pero desdeñaron la realidad social, esto se debe a que sucumbieron ante el fervor y los encantos de los republicanos franceses de 1848. Quisieron ser apóstoles de una nueva doctrina sin pisar tierra, quisieron ser apólogos de la reserva moral del Perú, y fracasaron.

En contrapartida, los liberales acusaban a los carolinos como el más temible foco de propagación reaccionaria y, para ello, era menester combatir a Herrera con las mismas armas que este empleaba, razón por la cual idearon y ejecutaron profundas reformas en el colegio Guadalupe:

El grupo liberal va a sentir la necesidad de acrecentar fuerzas, de formar nuevos adeptos, de conquistar jóvenes generaciones. Por ello van a realizar una intensa labor en las aulas de Guadalupe... Más tarde, por resolución de 16 de abril de 1851, se dio validez a los

⁴² Ferrero. R. Raúl. *El liberalismo Peruano*. Lima, UNMSM – Universidad de Lima, 2003; T.I, p. 64.

*estudios de Guadalupe para optar el grado universitario, equiparándolo así al colegio oficial que era San Carlos*⁴³.

Bajo la dirección de Sebastián Lorente, el colegio Guadalupe pasó a ser considerada como una institución con gran influencia en la política peruana; en 1850, Pedro Gálvez asume el rectorado de Guadalupe. Gálvez, antiguo alumno de San Carlos y discípulo de Herrera, tan igual como Laso, optó la ruta del liberalismo, además de regentar los cursos de Jurisprudencia y Derecho Constitucional, de Gentes y Natural. Desde su cátedra dejaba traslucir una influencia de los principios del liberalismo y de la soberanía popular como únicas fuentes de toda autoridad; estos debían oponerse a la soberanía de la inteligencia. Luego, su hermano José, jurista liberal, que llevó una vida trasandina por algunos años, es incorporado a Guadalupe en 1850. Liberal a ultranza, más centinela del liberalismo que Sebastián Lorente y que su hermano Pedro, José asume en 1852 el Rectorado.

Esta rivalidad ideológica entre ambos colegios se ve interrumpida en el año 1852 cuando el presidente Echenique cierra las puertas de Guadalupe. Luego como consecuencia del movimiento revolucionario cívico-militar de 1854, José Gálvez llega, por breve tiempo, al Rectorado de San Carlos. Ambos colegios sustentaron con gran firmeza, pétreamente, sus puntos de vista ideológicos, haciéndolos irreductibles. Hay quienes afirman, con justificada razón, que San Carlos era el colegio predilecto de la sociedad y en tanto que Guadalupe fortalecía los sentimientos regionalistas. San Carlos representaba el espíritu limeño y Guadalupe el provinciano. Herrera expresaba, en tono cáustico: “Allá se adjetiva —Guadalupe— aquí, se sustantiva”.

⁴³ Villanueva, Elena. *José Gálvez*. En *Bartolomé Herrera—José Gálvez*. Lima, Editorial Universitaria (Biblioteca Hombres del Perú XXV), 1965; p. 69.

No hay la menor duda, pues, como señala Basadre, de que la presencia de Herrera a mediados del siglo XIX constituyó un hito en la historia de nuestra república: su presencia marcó el inicio del segundo ciclo doctrinario del Perú. Basadre y Jorge G. Leguía coinciden en señalar que en el siglo XIX, en el Perú, hubo hasta tres momentos de gran inspiración en el ámbito doctrinario: el primer momento la liza fue entre monarquistas y republicanos; Francisco Javier de Luna Pizarro, José Faustino Sánchez Carrión y Francisco Javier Mariátegui, conformaron un trío que tuvo una influencia determinante en la Constitución de 1823. Esta estuvo inspirada en una Revolución Francesa que removió sus bases sociales y políticas, hecho que, además, marcó un hito importante en el escenario histórico: la presencia del sistema liberal, ideas que dieron inicio a la crisis y caída del antiguo régimen de corte monarquista. Conservadores y liberales constituyen el segundo momento doctrinario; unos pugnan por la soberanía popular y otros por la soberanía de la inteligencia; unos defienden el voto popular, otros el sufragio restringido. El pensamiento agudo y lacerante para analizar la problemática nacional es el tercer momento doctrinario del Perú, y esta tendencia la encarna el más ínclito pensador que dio el Perú en el siglo XIX: el progresista, positivista, agitador de ideas y apóstata don Manuel González Prada. Genial hombre para parir ideas, pero estéril para la acción.

CAPÍTULO III

LA SOBERANÍA DE LA INTELIGENCIA

a) Influencia y fundamentación de su doctrina.- Los fundamentos de su magisterio ideológico de Herrera lo sustentó en el gobierno de los más capaces basado en la soberanía de la inteligencia, teoría que fue producto de su marcada tendencia conservadora que incluso fue razón por la que algunos lo consideraron como conspicuo autoritarista; y es muy cierto que el propio Herrera se declara tenaz enemigo del poder popular. No dudó, el clérigo limeño, en impugnar, casi como un axioma doctrinal, la doctrina popular, es decir que no comulgó con la tesis de que todos los ciudadanos tienen la misma capacidad y el mismo derecho para pergeñar leyes. Herrera impugna la tesis de la soberanía popular porque el subordinado no puede equiparar ni atar su propia voluntad a la ley, es decir, no puede mandarse y obedecer a la vez. El hilo argumental de la tesis se resume en lo siguiente: el pueblo no tiene ni la capacidad ni el derecho de elaborar leyes. Estos son principios eternos ligados a la naturaleza de las cosas. El derecho de elaborar y dictar leyes proviene de la Razón como un don divino dado a los más inteligentes, leyes que de por sí son principios eternos fundados en la naturaleza misma de las cosas, principios que pueden ser captados por las mentes mejor instruidas en labores intelectuales. Estos seres *iluminados*

constituyen, en la sociedad, la Aristocracia del Saber, seleccionados por Dios a través de la naturaleza. Para Herrera:

“La razón, la voluntad y la fuerza son los medios de que Dios nos ha dotado para descubrir, querer y ejecutar su ley, no para crearla; porque la ley divina es un conjunto de principios absolutos y necesarios. Y como solo estos principios ejercen imperio racional sobre la libertad humana, solo en ellos está la soberanía verdadera, la soberanía absoluta. Concebirla en un hombre es error gravísimo, y concebirla en un pueblo es la más rematada locura”⁴⁴.

Esta doctrina herreriana de la soberanía de la inteligencia también se la reconoce como *aristarquía* o *aristocracia del saber*, que tienen su origen en la naturaleza del orden del universo.

Cuando Herrera expresa que la soberanía de la inteligencia era de fuente divina y apta solo para aquellos que están dotados de ciertas facultades muy especiales podemos inferir que, quizá, Herrera intentaba justificar su teoría a sabiendas de que el nuevo Estado era una sociedad en donde el porcentaje de analfabetismo alcanzaba a la mayoría de los peruanos; apenas éramos un Estado de una minoría educada y esto exigía, en la concepción del clérigo, la educación y la formación de élites de intelectuales cuyo fin sería dirigir los destinos del país. Herrera no postuló, como es muy común hacer creer, un gobierno de sistema aristocrático sino una democracia acrisolada, en donde la clase política gozara de firmes principios morales y de una intelectualidad que fuera garantía para saber gobernar, pues, según Asís:

Para el ejercicio del derecho de la soberanía se requiere una capacidad como para todo derecho. Una capacidad que, en cada caso vendría determinada por el pueblo, aunque se requieren especiales aptitudes para los soberanos. Aquí alcanza su puesto la teoría de la soberanía

⁴⁴ Taurel, Op. Cit., p. 79.

de la inteligencia, de los más capaces, con que Herrera parece se nos sitúa en la línea de Donoso Cortés recogiendo una corriente francesa contemporánea de ambos pensadores. En el Perú se ha concedido, creo, demasiada importancia olvidando el resto, lo más sustantivo de la doctrina herreriana. No es derecho a ejercer la soberanía de propio jure, pues lo importante para tal cosa es el consentimiento o la obediencia del pueblo, sino característica de que la ejercerá más justamente. Es una posibilidad más exacta de que el soberano o los soberanos ejerzan mejor su imperio, es una razón de capacidad, y a veces de autoridad⁴⁵.

Esta tesis herreriana provocó serias resistencias a pesar de las situaciones históricas en la que se debatía el Perú. No está demás decir que los esfuerzos de Herrera estaban orientados a formar e instruir espíritus indispensables para reorientar los destinos del Perú y por eso buscó, bajo el imperio de su idea rectora, estabilizar la república que había sido encaminado, en casi todos sus niveles, al anarquismo. Herrera y sus partidarios nunca ocultaron su línea clerical y conservadora, pues la consideraban como la única capaz de reorientar hacia el orden que se había perdido; no dudaron en comprometer a la Iglesia en la política.

Hay que señalar que la tesis de Herrera, visto al trasluz de la historia de las ideas políticas, no fue una idea original, una idea *sui generis*, sino que se había nutrido del credo doctrinario francés del siglo XIX. El representante más insigne de la “soberanía de la razón” —soberanía de la inteligencia para Herrera— fue el político e historiador y protestante francés Francois Guizot (1787-1874), defensor de la monarquía liberal. La caída de Napoleón Bonaparte en la batalla de Waterloo, en 1815, produjo un movimiento en Francia y en Europa cuyo objetivo primordial fue borrar toda huella de la Revolución francesa y del

⁴⁵ Asís, Op. Cit., p 78.

periodo napoleónico, dando inicio a la etapa de la Restauración, es decir, la del restablecimiento del régimen caído en 1789. De modo que este movimiento se encauzó en hacer de Francia una sociedad sólida, para lo cual no dudaron en condenar a la Revolución que había magnificado los atributos del hombre al igualarse con los poderes de la Divinidad; se había hecho creer que los principios intelectuales y/o políticos responden a la creación humana, habiéndolos usurpado a la Razón puesta por Dios en el hombre.

Guizot se caracterizó por ser el más certero partidario y doctrinario de la soberanía de la razón; era la ideología de la restauración y de la monarquía, el orden y la razón sus banderas. Esta doctrina apela a una razón objetiva que se enlaza en la historia, no postula, pues, una razón subjetiva, individual, sino pública. Esta *razón* es como un logos universal a la cual la inteligencia humana tendría que acercarse hasta donde le fuera posible. Esta ideología influyó en Europa; el Perú —con mucha influencia española— no fue ajeno a dicha doctrina. Como político Guizot defendió franca y vigorosamente el gobierno de la nación por la burguesía, en razón de que esta garantizaba una sólida base para la libertad política. Él, en el fondo, era un liberal, pero un liberal de cuño burgués. Resumiendo a este político podemos afirmar que para él, la burguesía era el sostén de la libertad. En un discurso en el parlamento francés no dudaba en afirmar que:

La ley electoral ha dado al poder político el elemento más encumbrado de la sociedad, el elemento independiente, esclarecido y capaz. Al mismo tiempo ha tomado medidas para que el poder político se extienda hacia abajo hasta el punto en que terminan las aptitudes. Cuando, en el curso del tiempo, una mayor instrucción y aumento de fortuna, factores que conducen al progreso, hayan adquirido capacidad política, el electorado se expandirá constantemente. La perfección misma de nuestro sistema de gobierno consiste en que los derechos políticos, limitados por la naturaleza misma a quienes son

capaces de ejercerlos, se ensanchan a medida que más individuos adquieren capacidad política...⁴⁶.

Abogar por los más lúcidos, esclarecidos y más capaces era vindicar que el poder ha de estar en manos de los hombres más selectos intelectualmente, sin que esto signifique que el poder político soslaye a la inmensa mayoría con capacidad, para un futuro, poder ejercer el derecho al sufragio electoral. Guizot alegaba que era tarea del gobierno la instrucción y el aumento de fortuna; ello permitiría que, según el progreso que adquieren los individuos en la sociedad se les dé la ampliación del sufragio, es decir, los derechos políticos, limitados a quienes son capaces de ejercerlos, ha de extenderse a los demás individuos cuando estos adquieran mayor capacidad política.

Herrera, pues, no quiso soslayar tales ideas ya que estas encajaban en su plan doctrinario. Él concibió que el Estado debería tener una estructura sólida, capaz de garantizar objetivos políticos y económicos y, sobre todo, mantener el orden y revalorar el principio de autoridad; por eso buscó ideas que fueran útiles para superar las tormentas ideológicas y las halló fuera de nuestro continente, sobre todo en la Europa posnapoleónica. Basadre expresa: “Pero de otro lado, hay síntomas que señalan también un renacimiento autoritarista. Aparece Herrera con su sermón en las exequias de A. Gamarra en 1842, sermón que, abandonando el convencionalismo de esta clase de oratoria, es una vigorosa llamada al orden del país”⁴⁷. Vemos, claramente, que la propuesta de la soberanía de la inteligencia, al no ser una tesis original de Herrera, careció de raza, de sangre y de espíritu peruano, porque fue una asimilación y una adhesión libre a doctrinas que

⁴⁶ Salwyn Schapiro, Op. Cit., p. 196.

⁴⁷ Basadre, Jorge. (1984), p. 71.

imperaban en la Francia pos-Revolución. Herrera sopesó y creyó haber encontrado en esta doctrina el instrumento ideal para articular las respuestas a nuestras preguntas históricas.

Otra fuente importante que contribuyó en la concepción de la soberanía de la inteligencia de Herrera le fue el jurista, filósofo e historiador alemán Karl Ch. F. Krause (1781-1832), a quien en sentido amplio se le considera discípulo de Schelling. Dentro del idealismo alemán no fue una figura importante puesto que, por vaivenes de la historia, fue “oscurecido” por los tres gigantes del Idealismo alemán, es decir por Fichte (1762-1814), Schelling (1775-1854) y Hegel (1770-1831). Su pensamiento, que no alcanzó trascendencia en su patria, se desarrolló en España desde mediados del siglo XIX y se extendió hasta mediados del siglo XX. No dudó, Krause, en someter a dura crítica y despojarse del influjo idealista alemán, pues consideró que esa vía no conduce a una plena relación de la ciencia y el saber, y tomó una decisión vital para su filosofía: desarrollar el pensamiento de Kant. Para esto adoptó la “razón práctica” kantiana, plasmó lo fundamental de su pensamiento a la ética y a la filosofía del derecho, impugnó, explícitamente, la concepción absolutista del Estado que defendía Hegel. Una idea esencial de la doctrina krausista fue considerar que tanto el Estado como la Iglesia plasman la moral y el derecho, pero a la vez se constituyen en los medios que dan garantía al desenvolvimiento de la sociedad, y que estos no solo son los verdaderos propulsores de la moralidad de un Estado sino que, además, el hombre, como ser histórico, debe encausar la perfecta armonía, la paz, entre la Naturaleza y el Espíritu. Ello supone que tanto el Estado como la Iglesia son solo instrumentos para un fin superior, esto es, para el retorno del hombre a un “estado de naturaleza” en donde reine la armonía, lo que se constituye en el Ideal de la Humanidad. Krause, además, postuló una

doctrina creada por él mismo, llamada panenteísmo, la cual posee una estructura metafísica que pretende unir la inmanencia y la trascendencia de Dios sobre el mundo. Dios o el Absoluto tiene la capacidad de reabsorber los tres términos del mundo: la naturaleza, el espíritu y la humanidad; así, el fundamento de estas solo es concebible en un ser que posea una esencia perfecta, o sea, Dios como unidad suprema. Así, para Krause, el progreso continuo de la Humanidad racional es una ascensión hacia Dios, derivando su teoría en una forma de historicismo.

Las ideas de Krause, la raíz de su sistema, constituye un intento de dar una explicación de la realidad. Esta concepción racionalista, ordenada y ética de la realidad cautivó a Sanz del Río, quien con un grupo de juristas eligen en 1843 el sistema krausista como modelo para construir una nueva sociedad que recién salía del absolutismo. Las ideas jurídicas de Krause, que influyeron tanto en políticos conservadores como en los liberales, postulaba que: a) la fundamentación del derecho radica en la autoconciencia racional del hombre, es decir, debe tener una precisa fundamentación analítico-subjetivo, y b) la fundamentación sintética se hace desde los presupuestos metafísicos de su teoría, es decir, supone un concepto que implica la idea de Dios. Este concepto englobante de un Ser superior, para cuya fundamentación se apoya Krause en el argumento ontológico, le lleva a la conclusión de que todas las condiciones de la existencia de los seres racionales han de hallarse contenidas en Dios; por consiguiente, también el derecho. ¿Qué es el derecho? para Krause, es una esencialidad fundamental de Dios, de modo que este derecho divino como ideal humano es asequible también en principio al conocimiento del hombre, pero este derecho solo es asequible para hombres a quienes la naturaleza los ha beneficiado con ciertas virtudes. Estamos, pues,

frente a una concepción metafísica del derecho, y para su definición del derecho aparece, en todas sus obras filosófico-jurídicas, ciertas fórmulas equivalentes. Según Krause, el derecho es la totalidad de las condiciones dependientes de libertad propias de la vida racional del hombre y de la sociedad humana; prácticamente todas las condiciones de la existencia humana son una mediación social. La libertad viene a ser la mediación social que se deriva como concepto contrapuesto a las que se deriva de las condiciones puramente naturales, esto le permite a Krause plantear que lo esencial de esta definición estriba en evidenciar la importancia de que a través de cada institución jurídica, deban crearse las condiciones que permitan al individuo conseguir en la sociedad los bienes necesarios para una vida racional. Krause afirmaba que solo el derecho puede garantizar la igualdad de oportunidades del hombre.

Por cosas del destino, este oscuro filósofo cobró fama en España y el “krausismo” llegó a ser el sistema filosófico de moda. Los encargados de difundir el pensamiento de Krause fueron Julián Sanz del Río (1814-1869) y Francisco Giner de los Ríos. La doctrina krausista tuvo seguidores en el Perú, siendo Herrera su introductor; pero su introducción, que tuvo influjo español y no alemán, no fue propiamente en el sentido filosófico sino a través de sus ideas jurídicas. Tan aceptable resultaba ser, que la doctrina krausista en asuntos que tiene que ver con el derecho fue utilizada lo mismo por los liberales que por los conservadores en materias concernientes a los problemas de cómo se tiene que organizar la sociedad y cómo se tiene que ejercer el poder:

El krausismo de manera incruenta, por medio de las versiones de Ahrens, se hará hegemónico en la Universidad, llegando a extender por varias décadas su filosofía del derecho en la Universidad de San Marcos. Inclusive el krausismo llegará al Seminario de Santo Toribio

*desde 1861. Lo mismo ocurrirá en el San Carlos de Herrera, pero también con su tradicional rival, el colegio Guadalupe dirigido por el pedagogo español Sebastián Lorente, quien introduce un moralismo y esteticismo en los cursos de filosofía. Esas mismas ideas las llevará a la flamante Facultad de Letras, donde creará la cátedra de Filosofía Moral de claro contenido krausista*⁴⁸.

El pensamiento jurídico de Karl Krause se llega a conocer a través de su discípulo y compatriota Heinrich Ahrens (1808-1874), filósofo del derecho, exiliado, liberal, querellado y expulsado en 1831 de la Universidad de Gotinga en la depuración de docentes. Ahrens se destacó por ser el principal portavoz de Krause, primero en la Universidad de París, en donde estuvo radicado desde 1831 y en donde se entregó de lleno a aprender el idioma francés, a donde llegó por invitación de Guizot; luego en Bruselas, y también a través su libro *Cours de Droit Naturel au Philosophie du Droit* (1839), con ediciones en francés, alemán y en castellano, y que sirvió como breviario en las universidades españolas y en algunas de las hispanoamericanas. Gran mérito y virtud se le puede atribuir al difundir la doctrina de Krause en un idioma más accesible que el alemán. Cuatro ideas tomadas de su obra nos permiten divisar el pensamiento del jurista Ahrens:

La Filosofía del Derecho, o el Derecho Natural, es la ciencia que expone los principios cardinales del derecho, concebidos por la razón y fundados en la naturaleza del hombre, considerada en sí misma y en sus relaciones con el orden universal de las cosas; existen principios de justicia independientes de las leyes y de las instituciones positivas, propios para servir de base a los juicios que se fundan sobre ellas”; el origen y la dinámica de un Estado se sustenta en la sociabilidad humana y, por lo tanto, colisiona con la doctrina del contrato social; el Estado es una institución “divina”, y en esta al hombre le depara una misión; el Estado no es creación del libre albedrío sino producto de las leyes que responden a todo un proceso histórico de la civilización humana; y, la tarea de la filosofía del derecho es corregir

⁴⁸ Chanamé Orbe, Raúl. “Bartolomé Herrera y el krausismo”. En: *Bartolomé Herrera y su tiempo*. Lima, Quinto Reino, 2010; pp. 142-168.

las imperfecciones de las leyes que tienen sus raíces en la naturaleza de la acción humana, pues la naturaleza de éste al ser finita no tiene la perfección⁴⁹.

Ahrens tuvo a su vez un discípulo que lo ayudó a difundir su filosofía, éste fue el belga Guillaume Tiberghien (1819-1901), quien a su vez influyó en Julián Sanz del Río, proveniente de Heildelberg.

Hacia 1840, el empirismo y sensualismo son desplazados por una nueva corriente filosófica: el eclecticismo espiritualista del francés Cousin, sistema que sería de gran utilidad para Herrera. Victor Cousin (1792-1867) fue una figura sobresaliente: apenas a los 23 años de edad ya era profesor en la Escuela Normal y en la Universidad de París, y fue Ministro de Educación en 1840. Cuando se hace referencia a la doctrina ecléctica en la filosofía francesa durante la primera década del siglo XIX, se alude ante todo a Paul Royer-Collard y a Cousin, más que a Maine de Biran. Tanto a Royer-Collard y a Cousin se les considera como los más representativos del movimiento espiritualista, cuyo iniciador en la filosofía francesa, posterior a la Revolución, fue Maine de Biran. Quien más influyó en Herrera fue Royer-Collard. Éste era un doctrinario que creía que las teorías, entre ellas las ideológicas y las políticas, podían deducirse de principios puramente racionales.

En cuanto a Victor Cousin, hombre muy interesado en la filosofía poskantiana, ansiaba conocer a sus principales representantes y aprender de ellos. En el año 1817 viaja a Alemania y logra entrevistarse con Hegel. En 1818, de vuelta en Alemania, logra conocer a Schelling y a Jacobi. En 1824, por los vaivenes de la vida, cae preso bajo sospecha de

⁴⁹ Ahrens, Heinrich. *Curso de Derecho Natural o Filosofía del Derecho*. Madrid, Carlos Bailly-Baillieri, 1873; p.1.

“conspiración”. En 1828 se inicia su apogeo, y vuelve a la cátedra; luego, en Francia Luis Felipe asume el trono y Cousin, en 1830, ostenta el cargo de consejero de Estado, y en 1832 miembro del Consejo Real y, por último, Ministro de Instrucción Pública. Estos fueron sus años de gloria, en todo su concepto: no solo fue el filósofo oficial de Francia sino también un verdadero dictador que pretendió someter a su “régimen filosófico” a todos los pensadores franceses y no dudó en excluir del claustro de la Sorbona a quienes no seguían su doctrina. Él estaba muy convencido de que el siglo XIX necesitaba del eclecticismo, pensó que el quehacer político necesitaba de esta doctrina, estimó que la monarquía, la aristocracia y la democracia deberían funcionar como elementos complementarios en la constitución. Para Cousin, en la historia de la filosofía hay cuatro tipos básicos de sistemas que son “los elementos fundamentales de toda filosofía”: sensualismo, idealismo, filosofía del sentido común y misticismo. Su tesis era que cada uno de estos sistemas contiene algo de verdad, pero ninguno de ellos abarca la verdad toda, por tanto es menester “escoger” y “combinar” los elementos verdaderos de cada una de ellos, hacer una síntesis conciliadora, y hacerlo así es practicar el eclecticismo. Cousin era un firme convencido de que en la esfera de la filosofía era mejor adaptarnos sistemáticamente a una orientación ecléctica, pues consideraba que en todas las corrientes filosóficas había elementos valiosos. Sostenía que el hombre es un ser compuesto, y así como en el hombre hay una inquietud por armonizar e integrar las distintas facultades y actividades, así también en la filosofía, en la ideología, en la política, necesitamos una comunión de las diferentes ideas. Cousin adopta una idea precisa que defiende: el eclecticismo es la culminación de un largo proceso histórico, es decir, que la filosofía de un siglo viene a ser la resultante de todos los elementos de los que

se compone ese siglo. De este modo, el objetivo de la teoría ecléctica consistió en armonizar las ideas de la tradición del antiguo régimen con la idea de libertad que surgió en el marco de la Revolución francesa. Esta óptica resulta contraria, pues, tanto a la teoría que exalta por sobre todo la fuerza como a la teoría que vindica exclusivamente la libertad, pues considera que se ha de privilegiar más bien el sentido común o juicio de la razón. Es menester señalar que ni Guizot ni Cousin fueron los creadores de la teoría ecléctica, pues esta se remonta a pensadores y enemigos de la Revolución como Joseph de Maistre (1835-1821), Louis de Bonald (1754-1840), Benjamín Constant (1767-1830), el Vizconde de Chateaubriand (1768-1848), etc. Altuve-Febres señala que:

Los dos inspiradores más remotos del eclecticismo fueron el Vizconde de Chateaubriand, quien aceptaba la realidad de un nuevo orden pos revolucionario pero procurando preservar la mayor magnitud de aquel pasado que significaba la grandeza de la Monarquía, y Benjamín Constant, quien, sin romper con la tradición monárquica, buscó ampliar las libertades burguesas. En medio de estos dos pensadores se ubicaron los representantes del eclecticismo entre quienes destacaron como los más notables Royer Collard, Francis Guizot y Victor Cousin ⁵⁰.

b) Defensa de su doctrina.- Estas doctrinas políticas de corte europeo fueron decisivas para Bartolomé Herrera, pues todas ellas aportaron a la conformación de su ambicioso proyecto doctrinario: la soberanía de la inteligencia y el principio de autoridad. Para Herrera, el derecho de ejercer la soberanía tiene su origen en la “capacidad”, que es el conjunto de dotes que se requiere para ejercer la autoridad con acierto, contando con dos elementos básicos a saber: la inteligencia y la moralidad. Y, además, considera que la “capacidad” es algo natural de la inteligencia, el derecho de libertad con que hemos sido

⁵⁰ Altuve-Febres Lores, Fernán. Op. Cit., pp. 169-186.

creados, razón por la cual quien atente contra ella, atenta contra los derechos y obra sin autoridad alguna, por eso expresa:

Que la soberanía viene de Dios es una verdad incuestionable. Lo ha sido también siempre que el derecho de mandar, o soberanía en el más propio sentido de la palabra, venga de Dios; porque Dios es la fuente de todo derecho, y porque siendo el único soberano de los hombres, nadie puede tener autoridad legítima, si no la recibe de Dios⁵¹.

Esto le sirvió para postular que solo tenían derecho a la soberanía aquellos que tuvieran capacidades y dotes innatas para ejercer funciones de mando, aquellos que mantuvieran elevadas razones y virtudes morales, esos eran los únicos capaces de ejercer el mando y funciones de gobierno. De esto se desprende que la soberanía es un derecho cuyo origen tiene impreso el sello de la naturaleza o, con mayor precisión, se origina en Dios y no en las voluntades colectivas que se concluyen en un pacto social, tal como era el clamor y las exigencias de las modernas doctrinas políticas que venían de Europa. Herrera señala que la soberanía que él propone no se podría ejercer “legítimamente sin el consentimiento del pueblo”, con la salvedad de que llegado el momento, el legítimo gobernante escogido para asumir funciones propias del cargo, en este caso podría inducir al pueblo hacia el imperativo de obedecerlo dentro de los límites de lo que se ha de considerar justo por naturaleza, pero sin licencia para limitar ni para ampliar la autoridad del gobernante. Herrera solía expresar que el soberano que “holle los derechos y esclavice a los pueblos, obra sin autoridad” y, por consecuencia, sus actos carecen de eficacia jurídica. De esta apreciación se entiende que la libertad gozaría de mayor plenitud si reposaba en la naturaleza de las cosas, es decir, en

⁵¹ Herrera, Op. Cit., p. 71.

Dios, pero si era concebida en concertación o en pactos sociales, ideas que defendía el dogma liberal, solo poseerá las inequidades vacilantes y necias que son propias de las voluntades humanas. Por eso, Herrera vindicaba la soberanía de la inteligencia frente a la soberanía popular; por eso prefería que el derrotero del Perú fuera encaminado bajo un gobierno de la aristarquía y no de la plebe; prefería tener a un estado bajo el designio de la Providencia que bajo la férula de la voluntades; prefería que el estado tuviera una “constitución natural” a una que se base en la teoría consensuada o contractualista. Allí donde los liberales solo veían contrato, él vindicaba la fe, el dogma.

La defensa de la soberanía de la inteligencia no tiene el tinte de ser la de un autoritario a ultranza o ultramontano, es decir, que Herrera haya privilegiado la política y moral de la Iglesia o que privilegió la religión sobre la racionalidad, como se le quiere mostrar y descalificar, sino más bien que está en la línea de un conservador acrisolado que considera que solo podían estudiar y tener soberanía aquellos que tuvieran las “aptitudes necesarias”, aquellos que, para él, supuestamente, tenían dotes innatas de inteligencia. Esta tesis fue causa justificada para que un ala de los liberales reaccione, y surja así la polémica entre el orden y la libertad. Herrera rechaza la soberanía de origen popular, rechaza el gobierno de la plebe y defiende, a ultranza, que la soberanía es de origen divino y que solo tienen acceso a ella los más aptos e inteligentes. Esta teoría no solo la bosquejó sino que la sustentó y la defendió en el Sermón de la Catedral de 1846, su acento en el púlpito fue solitaria ya que todo el clero no seguía su doctrina, prueba de ello son los sermones en la Catedral de julio de 1847 y la de 1848 que fueron una respuesta de otros clérigos a su teoría, aunque sí comulgaban todos en la búsqueda del origen divino de la autoridad. Los severos sermones

de Agustín Guillermo Charún en julio de 1847 y de Pedro José Tordoya un año después abogaron por la competencia de la sociedad para organizar el poder contraviniendo, puntualmente, el discurso de 1846. Herrera manifiesta que el hombre ha de conformarse con el orden o la Ley Natural, la cual proviene de Dios. Como conservador, aferrado a su dogma, postula la existencia de un orden natural de las cosas y, por ende, también existía un orden natural de la sociedad que debería seguir el rumbo de su creador: Dios. Es decir que Herrera comulga con la postura de Ahrens de que el Estado viene a ser una institución “divina”. Por lo tanto, cualquier afán por construir una sociedad fuera de lo que había determinado el orden natural sería contravenir tal orden, sería deformar un orden superior y divino; vale decir, en pleno siglo XIX Herrera abogaba por el cumplimiento de un orden superior. Pero la vigencia de este orden suponía reconocer la existencia de un orden social establecido cuya principal característica era el reinado de las desigualdades y de las contradicciones, lo que se debe a la desigualdad natural que existe entre los hombres que viven dentro de una sociedad, esto supone el reconocimiento de que toda estructura social políticamente bien constituida se sustenta jerárquicamente, de arriba hacia abajo. Así es como se constituye el gobierno de los más ilustrados, de las élites; es decir, Herrera opta por una sociedad conservadora en donde se privilegie el don de la inteligencia, el orden e irrestricto respeto a la ley. Tal fue su demanda al orden natural, que en las notas que realiza al texto del jurista portugués Silvestre Pinheiro en 1848, obra obligatoria en el Convictorio, dice:

La primera verdad que establecemos en nuestra lecciones de derecho natural, y que suponemos admitida como fuente incuestionable principio, por cuantos hayan saludado aquella ciencia, es: que la fuente única de los derechos es la naturaleza; porque en ellas están

las relaciones que el hombre tiene con sus semejantes, en cuanto necesita medios externos para realizar el designio de la providencia al crearlo persona y dotarlo de tan numerosas facultades; y porque solo del seno de la contemplación de estas relaciones, que, para decirlo de paso nada tienen que ver con la sensación externa, se eleva la razón a la idea absoluta del derecho en que está contenida la de su imperio soberano⁵².

Para Herrera y para los conservadores, una sociedad entraña un concierto de afinidad, comprensión y encadenamiento con sus tradiciones históricas, es decir, es vital que una nueva sociedad logre plasmarse con sus componentes sociales, culturales y políticos. Históricamente, las raíces del Perú y la América conquistada por los occidentales tuvieron las huellas de regímenes fuertes, de gobiernos fuertes. No es secreto que ese espíritu de fuerza o autoridad que impregnó la política del Perú en sus primeras décadas de emancipación caló en la mente de Herrera, quien además vivió una educación religiosa que le inculcó el respeto a la superioridad. Él asume que la autoridad ha de servir como un elemento articulador de su proyecto político, es decir, un gobierno que rescate de la ruina al Perú ha de reflejar la tradición política de la Colonia, seguir bajo su tutela y patrón ideológico. Después de todo, como lo expresó en el Sermón de 1846, el Perú está en deuda con España pues recibió de esta su partida bautismal. De modo que, para Herrera, Dios, con su providencia, puso a España con fines loables en estas tierras conquistadas.

⁵² Pinheiro, Silvestre. *Compendio de Derecho Público Interno y Externo*. Lima, Editorial del Congreso del Perú, 2017; p.187.

CAPÍTULO IV

HERRERA: UNA PASIÓN POR LA AUTORIDAD

a) Nociones preliminares e históricas acerca de la autoridad.- Herrera tuvo un ideal que comprometía todo su quehacer político; se fijó y se concentró como tarea de mayor urgencia el problema de la *autoridad*, noción a la que consideró base de toda sociedad. Desde el inicio de su incursión en lides políticas —Sermón del 4 enero de 1842 en las exequias de Agustín Gamarra— no dudó en pronunciar en alta voz que las causas que históricamente habían socavado la integridad y la institucionalidad del Estado peruano fueron el desprecio y la crisis de autoridad, fenómenos cuyo análisis él asumiría y resultaría su instrumento para reivindicarla. Para ello, basó su defensa en la tradición, la autoridad y su arraigada fe en catolicismo. No comprendió cómo y por qué la *autoridad*, concepto crucial y de trascendencia en las ciencias políticas y en todo quehacer e institución humana, fue relegada de su relación intrínseca con otro concepto que domina las diversas acciones socio-políticas: el *poder*. Para las ciencias políticas, hay una tácita interrelación entre ambos conceptos, pues el rol de la autoridad consiste en encauzar a los ciudadanos hacia objetivos comunes vulnerando en el menor grado posible las libertades individuales. Así es como también lo entendió el clérigo Herrera.

Históricamente, esto debe ser una verdad admitida, las sociedades se han movido por conceptos cruciales en las ciencias políticas: justicia, derecho, ley, poder, gobierno, autoridad, norma, etc.; términos que son determinantes y gobiernan todas las instituciones sociales y políticas, nociones que tienen usos y consecuencias, que encauzan el bienestar, la armonía y la seguridad de todas las instituciones creadas por el ser humano. El poder y la autoridad, por estar intrínsecamente relacionados, son conceptos en los que, en las ciencias políticas, es difícil establecer una distinción clara y rigurosa, pues a su vez no se ha podido distinguirlas suficientemente de otros conceptos análogos como mando, coerción, soberanía. Cuando se dice, por ejemplo, que X ley da *poder* a Y funcionario público para hacer o dejar de hacer algo, se está queriendo decir que Y funcionario tiene la *autoridad* para hacerlo. Así, en las ciencias políticas es común señalar que conceptos como autoridad y poder coexisten recíprocamente, son conceptos que parecen unirse y confundirse, es decir, que se acepta que la autoridad se constituye en una especie de *poder*, y entre ambos tienen el efecto de orientar y armonizar las conductas sociales y políticas,

*La autoridad es como la razón en el individuo. La falta de razón es la locura; la falta de autoridad es la anarquía. La autoridad es la que hace racional a la sociedad: la que ordena en la satisfacción de sus necesidades, la que prepara el camino de su prosperidad. La falta de autoridad, lo mismo que la falta de razón, es el desconocimiento de todos los deberes, la no satisfacción de las necesidades y, por consiguiente, el desorden y la muerte. Ni los individuos voluntariamente quieren la muerte ni las sociedades quieren el desorden*⁵³.

Se entiende que en cualquier sociedad los individuos, con el afán de supervivencia, han actuado, aun contra su voluntad, sometidos a ciertas normas que conducen el entramado

⁵³ Bernal, Calixto. *Teoría de la autoridad*. Madrid, Manuel Minueva, 1858, T. I., p.40.

social y público, es decir, que no tienen ni gozan de libertad absoluta para actuar u ordenar según sus intereses particulares, amparados bajo el estatus del derecho natural que les asiste, sino que se intuye que han actuado, aun sin saberlo, a lo largo de los siglos, bajo el designio y la idea rectora de la autoridad. Honorio Delgado nos dice:

la idea de autoridad incluye la de substancia, en el sentido de fundamento intrínseco trascendental de lo importante en el ser, y por ende, la posibilidad de adquirir conciencia del orden jerárquico de los seres y de sus relaciones. Incluye igualmente la noción de fe en esa importancia, como fuente de dirección, de seguridad y de estímulo para la vida activa. Incluye, por último, imágenes ideales de los modos como debe encarnarse esa substancia en el mundo para promover en la almas el correspondiente acatamiento⁵⁴.

De modo que no someterse a la autoridad significa actuar bajo el dominio del libre albedrío y de la absoluta voluntad, habría sido una tácita convivencia con la anarquía, estado que se caracteriza por su irracionalidad y por inducir a los individuos a actuar siguiendo sus pasiones más primitivas, lo cual implica su repudio a toda ley, mando y jerarquía. Desde este punto, con alto grado de exactitud, solo queda aseverar que, si se hubiera inculcado en las mentes el repudio a todo tipo de autoridad y a la constitución del Estado, el hombre habría sido totalmente ajeno a todo tipo de sana convivencia en la organización social y política, y la humanidad habría carecido de porvenir. En este punto Delgado nos precisa que:

Como quiera que no sólo el destino de las instituciones y de los pueblos sino la suerte de la cultura misma dependen de la conservación o de la ruina de la autoridad, es un deber de quienes se interesan por los problemas trascendentales el estudio del fundamento y los límites de la autoridad⁵⁵.

⁵⁴ Delgado, Honorio. "Acerca de la esencia de la autoridad". En: *El Comercio*, Suplemento dominical, Lima, domingo 7 de mayo de 1989 (reproducción del artículo publicado el 28 de julio de 1956).

⁵⁵ *Ibíd.*

Así pues, no hay nada más fructífero para el hombre que vivir sometido y obedeciendo las leyes del Estado, vía la aceptación de un contrato social, antes que resignarse a estar sujetos a las leyes de la naturaleza, lo que hubiera llevado al hombre a la guerra permanente, a lo que Hobbes llamó en el *Leviatán* (1651) “una guerra tal que es la de todos contra todos”, es decir, tener un soberano es mejor que no tenerlo. He ahí, pues, la importancia de la autoridad política, en donde las figuras de la coerción y el contrato social dan fe y garantía al nacimiento de la sociedad y de la civilidad, es decir, que resultan necesarias e inevitables en toda sociedad. Y quienes soslayaron el uso del principio de la autoridad no fueron capaces de comprender la máxima de Aristóteles: *el hombre, por naturaleza, deviene en un ser político* y el mundo político supone convivencias sociales necesarias, sujetas a la sumisión de estrictas normas.

Thomas Hobbes (1588-1679), como teórico del Estado y haciendo filosofía política, esbozó tres temas en el *Leviatán*: derribar la primacía del derecho natural que asiste a los individuos, proyectar una sociedad estable y diseñar un plan para que el hombre asimile el principio de *autoridad*; este último estuvo implícito en sus obras. Hobbes, defensor del Estado monárquico e impugnador de la tesis de que el soberano sea de institución divina, que vivió guerras civiles que hicieron difícil la convivencia y la paz social en Inglaterra, expuso su doctrina partiendo de una concepción realista, esto es, independiente del imperante dogma ético-religioso que garantizaba el orden social, la salvación del Estado y la superación de las guerras civiles, y con esta tesis se consagró como uno de los primeros filósofos que valoró la importancia de la *autoridad* en la política en tanto el elemento articulador que permite la transición del estado natural al estado social y que hace posible

que una comunidad de individuos sea social y políticamente estable. Además, Hobbes avizoró un poder que podría tener la capacidad de dominar con absoluta potencia los instintos naturales que les son inherentes a los individuos. Hobbes elaboró sus tesis políticas fijándose en la “naturaleza humana” y señaló que el hombre al estar constituido únicamente por un cuerpo material su naturaleza deviene en la defensa de su propia conservación y expresó que, así, el mal es algo constitutivo del hombre y la sociedad y condición básica de lo político y de la política. Es así como Hobbes presentó una idea *sui generis* en la teoría política: el papel que juega el mal en la política. Es un mal que encarna la condición natural del hombre, que se constituye en la razón lógica y esencial que explica y determina el salto a la sociedad civil; por eso expresó que *el hombre por naturaleza no es un ser sociable*, sino que es un ser naturalmente egoísta, ambicioso, vive según su fuerza y su ley, y es un medio en donde todos tienen derechos sobre todas las cosas. Pero, por sobre todo, el hombre busca su propio bienestar y conservación sin reparar en los medios, por lo tanto, se muestra reacio a cualquier tipo de convivencia social. Así, si el hombre se hubiera gobernado por su naturaleza, su historia habría llevado a una guerra permanente de todos contra todos (*bellum omnium contra omnes*), es decir, en la incesante lucha por su existencia y en donde cada cual intenta imponer su derecho y busca obtener las mayores ventajas en detrimento de los demás.

De modo que Hobbes trazó, para superar esta situación de conflicto perpetuo, un esquema en el que los dos principios de la naturaleza humana, el egoísmo y el instinto de conservación, el deseo y la razón, comulguen en un punto con la finalidad de garantizar la viabilidad del orden social y político, es decir, un escenario en donde se privilegie la salva-

ción del Estado. Para superar este impase postuló la constitución de una sociedad civil o teoría del contrato social, contrato que, con la figura de la *autoridad*, necesaria en toda sociedad y con poder invisible, establecía el orden colectivo y el desapego de todo aquello que formara parte del estado pre-social. Su famosa teoría vislumbró el triunfo del Estado y de la sociedad estable “únicamente en un poder que estuviese en condiciones de dominar con plena autoridad todas las luchas civiles y las pasiones individuales”⁵⁶. Es decir que, para Hobbes, el hombre solo puede obtener confianza, seguridad y realizarse como tal dentro del Estado, sumiso a la autoridad que esta le impone y que, además, encauza y regula, bajo la figura de la coerción, su conducta social:

Hecho esto, la multitud así unida en una persona se denomina ESTADO, en latín, CIVITAS. Esta es la generación de aquel gran LEVIATAN, o más bien (hablando con más reverencia), de aquel dios mortal, al cual debemos, bajo el Dios inmortal, nuestra paz y nuestra defensa. Porque en virtud de esta autoridad que se le confiere por cada hombre particular en el Estado, posee y utiliza tanto poder y fortaleza, que por el terror que inspira es capaz de conformar voluntades de todos ellos para la paz, en su propio país...⁵⁷.

Más de dos mil años antes de Hobbes, una figura de la filosofía como Platón (427- 347 a.C.), discípulo de Sócrates, tocó el tema de la *autoridad*, aunque de manera implícita, y en afán de llevar su teoría de las ideas al ámbito político, planteó como parte de su teoría política, en la *República* (o mejor dicho en el *Estado*) la construcción de una entidad —ideal, perfecta— en donde la Justicia sea más inteligible: pues el Estado es el organismo perfecto, moralmente el mejor, y solo en ella es posible que se plasme la más perfecta unidad y, sobre todo, es en él donde se puede normar toda conducta de los individuos según la Justicia,

⁵⁶ Veccio, Giorgio del. *Filosofía del Derecho*. España, Bosch, 1991; p. 57.

⁵⁷ Hobbes, Thomas. *Leviatán*. Madrid, SARPE, 1983, T. I, p. 179.

que, por ser la virtud por excelencia se constituye en el vínculo que mantiene unido a una sociedad. Platón vio la necesidad de postular un Estado ideal luego de experimentar en vida los decadentes estados terrenales, las crisis políticas y las formas de gobiernos que desarrolló la tradición política ateniense (oligarquía, aristocracia, timocracia y democracia). El juicio y la ejecución, por ejemplo, de su preceptor Sócrates lo puso en evidencia y en estado de alerta de que no se trataba solo de plantear simples cambios a las normas constitucionales como era muy de costumbre, sino que había que privilegiar un cambio en la sociedad en donde se priorizara la moral, pues la política y la moral se hallan fuertemente interrelacionados. Así, pues, Platón visionó todos los peligros a los cuales se expone a los individuos en estas instituciones defectuosas, injustas y corruptas.

Ante esto Platón, como pensador ético, encontró la mejor idea al expresar que el *gobierno utópico de la razón está representado en la persona del rey-filósofo*, “La línea seguida por Platón en la *República* produjo una teoría en la que todo se subordina al ideal del filósofo-rey, cuyo único título de autoridad se debe al hecho de que él, y solo él, conoce lo que es bueno para los hombres y para los estados”⁵⁸. Lo que se quiere expresar es que este gobernante —el filósofo-rey— es el individuo más apto para interpretar la idea del Bien y es capaz de cubrir las necesidades espirituales y físicas de los ciudadanos, de donde la propuesta más original de la doctrina platónica es que el derecho queda al margen del estado ideal, ya que este se constituye en una institución plena, absoluta, en un ente cuyo fin es de educar a los ciudadanos en la consecución del Bien. Pero la doctrina de Platón tiene una propuesta *sui generis*: *el Estado ideal es asumido por una aristocracia del*

⁵⁸ Sabine, George. *Historia de la teoría política*. México, FCE, 2009; p.76.

intelecto, aquellos que deben saber qué es el bien, cómo debe ser un estado, y ser capaces, por tanto, de diseñar un estado ideal omitiendo las estructuras políticas de los estados existentes, es decir, crear un estado bueno que se sustente en la *idea del bien*.

Platón hace un símil entre el individuo y el Estado: el primero posee la *razón* que domina, el *coraje* que obra y los *sentidos* que obedecen; el segundo concibe la composición metafísica del Estado ideal en tres clases: la de los *sabios*, cuyo fin es el arte de dominar; la de los *guardianes*, cuya obligación es la de proteger el organismo social, y la de los *artesanos y agricultores*, que han de proveerlo; un perfecto funcionamiento de estas tres clases es el ideal de un Estado justo. De este esquema se infiere que el individuo es dominado por la razón, de igual modo se ha de considerar que el Estado es dominado por los que poseen la sabiduría, la idea del bien y están más próximos al orden divino. En esta estructura, el Estado platónico adquiere la máxima *autoridad* sobre los individuos y se constituye en el ser perfecto y sin limitaciones; es el ser que se sostiene a sí mismo y, por lo tanto, lo domina todo. Dominio que direcciona las acciones de todos los individuos en todas sus formas, posee la autoridad sobre la vida mental y moral, y el individuo, al ser sacrificado nada le es propio, sino que todo recae bajo la autoridad del Estado, que adopta la forma de una comunidad religiosa en donde se logra la armonización ideal, en donde la tarea del filósofo-rey, por ser el más sabio y virtuoso con el fin de gobernar y transformar las ideas en normas apropiadas para ordenar y tener dominio y autoridad sobre los ciudadanos y la sociedad. De esta forma se distingue entre gobernantes y gobernados, entre los que poseen autoridad y los que han de obedecer.

Las teorías clásicas del Estado, hobbiana y la platónica, expuestas aquí sucintamente, son ejemplos de cómo la autoridad es un elemento esencial en la compleja estructura del Estado; si bien ambas teorías, aparte de otras que nos presentan la evolución de las teorías políticas, tienen una estructura utópica de cómo *debe ser* el Estado, en el sentido de algo deseable, no por eso omiten a uno de los factores eje de toda convivencia de las sociedades humanas: la autoridad, la obediencia a esta. Esta pues, así se constituye en el embrión que hace que toda organización política cumpla con su fin y, sobre todo, garantice el bien común necesario, es decir, poner al alcance de todos los hombres los medios de satisfacción materiales y espirituales que requieren para su plena realización.

b. Bartolomé Herrera: profeta de la autoridad.- Las primeras invocaciones ante la carencia de autoridad en nuestra política que lanza Herrera no fue casual sino que responde a una inquietud alimentada desde muy joven, es decir, que su apego a este tema tuvo su génesis en los claustros estudiantiles. Allí se impregna en su mente juvenil la importancia de la idea de la disciplina, el rigor y la jerarquía, y también hay añoranzas por la Lima de la Independencia que tantas ilusiones dio a los espíritus independizados. En él, perfectamente se puede ilustrar la idea de que los hombres, por lo general, sí pueden hacer su propia historia, pero, claro está, que no la conciben con un sello propio y autónomo, y menos pueden elegir los fenómenos históricos, sino que solo les queda un camino: sucumbir ante las circunstancias que les impone el legado de la historia. Tienen que asumir y encarnarse en la tradición histórica de las ideas políticas y hacer germinar, desde allí, una concepción que sea relevante y que marque una ruptura para tener una plena convicción de que hay un punto de partida en el ámbito histórico e ideológico. De manera que la figura de

herreriana representa, en esta ilustración, al caudillo, al vocero de la autoridad, al hombre que testimonió un Perú decadente, un país que soslayó el principio de autoridad religioso y político, y viró, superlativamente, hacia la doctrina de la libertad y los derechos del hombre. Mas Herrera hombre no se quedó prisionero de las circunstancias históricas ni se constituyó en un espectador marginal sino, que marcó el inicio de su vida política en el dolor de la patria joven. En el Perú del siglo XIX, los hechos históricos pusieron, se quiera o no, a Herrera en el pórtico de su historia, fue el primer político que se yergue, con méritos propios, como el profeta de la autoridad. Como bien expresa Garavito:

El tema del orden es el eje de todo el mensaje de Herrera. Había llegado a la madurez en un país caótico, convulsionado por las guerras internacionales, la lucha fratricida entre caudillos, al filo del fraccionamiento y donde, incluso, hasta su subsistencia como nación estaba puesta en duda. El acendrado patriotismo de Herrera se forja en este yunque de adversidades y peligros. Por eso, además del orden, frente a la barbarie del caudillaje militar que conduce el país, reclama que asuman el gobierno los más capaces⁵⁹.

Herrera solía preguntar ¿por qué tantos males han caído sobre esta Patria? Respondía: porque no hay autoridad, ya que esta resulta irrisoria si no hay obediencia. Y solía quejarse de lo poco que sirvió salir de la monarquía para caer en otro poder, del poco respeto que hay para someterse a este poder salvador, y por eso también expresaba que “el principio de obediencia pereció en la guerra de la Independencia”. Es así como Herrera pasa de vindicador del principio de autoridad a ser su ideólogo, su filósofo. Por eso resulta muy duro acusarlo de tenaz autoritario cuando en realidad él, pensando más en el futuro que en el presente, buscaba el orden y mostraba su horror a la anarquía, ya que esta es un escenario

⁵⁹ Garavito Amézaga, Hugo. “Herrera: ¿un liberalismo aristárquico?” En: *Bartolomé Herrera y su Tiempo*. Lima, Quinto Reino, 2010; pp. 187-222.

en donde los individuos pueden actuar con un poder ilimitado. Y porque, además, Herrera reclama una autoridad que esté unida a la legitimidad que concede una institución, en este caso el Estado; es decir, el individuo que ejerce la “autoridad” está autorizado a ejercer un determinado poder. Él impugnó el ejercicio ciego de la autoridad, del poder, de quien dispone de él como mejor le plazca puesto que de este ejercicio solo se puede esperar con recelo de quienes se ven subyugados ante ella una autoridad sin objetivos. Herrera comprendió que las sociedades políticas funcionan mejor bajo la figura de la dominación de unos hombres sobre otros y, en esta situación, para que exista una mejor convivencia social es mejor recurrir a la violencia legítima que se funda en los preceptos legales que tienen el respaldo de la máxima institución de una sociedad: el Estado. Sabine expresa que:

La autoridad de un gobernante que se atiene a las leyes sobre sus súbditos es totalmente distinta de la que ejerce un amo sobre sus esclavos, porque se presume que el esclavo es de diferente naturaleza, un ser que por nacimiento pertenece a una especie inferior y que es incapaz de gobernarse a sí mismo⁶⁰.

Un siglo después del concepto que esbozó Herrera acerca de la autoridad, en el ámbito político e ideológico Delgado, en 1956, afirmó taxativamente:

Entendida la autoridad como consecuencia axiológico-nomológica y su representación como personificación de que debe ser, por tanto, ajena a la arbitrariedad y al lucro privado, no cabe señalarle límites. Ella misma es limitadora del ejercicio del poder... en el lenguaje hay expresiones, tales como “autoritarismo”, “autoridad absoluta”, “régimen totalitario”, que denotan sujeción incondicional, usurpación, exceso extremo o abuso de mando. Ello se debe a que de ordinario se confunde la autoridad con el simple poder,...⁶¹

⁶⁰ Sabine, Op. Cit. p. 95.

⁶¹ Delgado, Op. Cit. p. 31.

c) La autoridad en el pensamiento del conservador Herrera.- Los hechos históricos posteriores a la Independencia muestran a Herrera que era necesario restaurar el principio de autoridad y la fe en las leyes. Herrera, hombre de fe, consideró, como ejemplo, que solo en los principios meta-humanos que nos proporciona la moral y la religión es donde mejor se cristaliza la idea del orden, de la autoridad. Él estuvo convencido de que una sociedad, un Estado, tiene que cimentarse en la figura de un ser infalible y perfectísimo: Dios. Este Ser Supremo es el paradigma ideal del orden universal y, en tanto, tal se constituye como autoridad divina de la sociedad política, puesto que, siendo el Supremo Ser lo que es, todo lo que se desarrolla en el mundo terrenal está bajo su dominio. Herrera, dogmático por excelencia, siempre abrazó la idea de que el Estado solo puede fundarse si los hombres tienen el sentimiento de un ser superior, al que consideró como “ser viviente” en la sociedad, egregia fuente de la moralidad. Esta pasión por la autoridad se pone en evidencia cuando en enero de 1834, joven él, no dudó en criticar sin contemplación la actitud del caudillo Agustín Gamarra quien, con el afán de obtener réditos políticos, intenta fraccionar la frágil normatividad democrática que lideraba el presidente Orbegoso promoviendo un golpe de estado e iniciando una guerra civil en nuestra joven vida republicana. Luego tenemos al mismo Herrera, mostrando su grandeza humana, quien no duda en pronunciar en las exequias que se realizaron el 4 de enero de 1842 en la Catedral de Lima del mismo Gamarra, derrotado y muerto en la batalla de Ingavi el 20 de noviembre de 1841, compungido advierte del dolor del Perú ante el cuerpo yerto del militar y hace un *llamado al orden y a la unidad* en momentos en que la anarquía y la guerra civil se extendían por la

patria. No duda tampoco al pasar de la censura a la glorificación y al señalar la talla de estadista que cubre la figura del expresidente Gamarra; en este acto Herrera también:

*...habla de cómo no vivimos un principio de obediencia que reemplace al sistema de autoridad virreinal que se quiebra con la Emancipación. Algunas mentes atormentadas viven un inicio de desaliento. No existe la solidaridad hispanoamericana entre nuestros pueblos; no existe tampoco la solidaridad entre los peruanos frente a la vocación común de la república*⁶².

Este es, pues, un primer análisis que hace Herrera de las causas de las desgracias que padece el Perú; hay en él una sentida nostalgia por el principio de autoridad que ejercían los españoles. No fue un hombre ciego que sucumbió ante la adversidad, no se refugió en el desaliento sino que buscó, en lo más recóndito de su ser, una luz y como hombre cimentado en la fe, ungido de espíritu religioso, encontró a Dios. Él está convencido de que Dios es la fuente de nuestras enmiendas, y por esa razón no dudó en buscar ayuda en el orden divino. De ahí que en el Sermón de 1846 declara “Mas la religión es la verdad que viene de Dios, es Dios comunicándose al hombre: Dios es el Soberano de las naciones. Su soberanía restituirá a los gobiernos, a los individuos y a los pueblos la libertad”⁶³. Visto así, la religión es en Herrera el hilo conductor de su vida intelectual, de su accionar político, vinculado siempre con los apremios y las necesidades de la patria. Amparado en una línea vertical, providencialista, intenta persuadirnos de que el poder de un gobierno republicano viene de Dios, pues este Ser se despoja, por un instante, de la voluntad de escoger al gobernante y se la concede al pueblo y, luego, este delega sus poderes en un gobernante que no se erija a sí

⁶² De La Puente Candamo, José A. *La independencia del Perú*. Lima, Editorial del Congreso de la república, 2013; p. 252.

⁶³ Taurel, Op. Cit., p. 37.

mismo rey. Herrera está convencido y brega para que se dé un cambio profundo en la política, superpone por encima de todo el orden y los valores morales, y que la conducción política debe ser guiada bajo la ley de Dios.

En esta etapa se nota que, según Herrera, no hay nada más importante para la sociedad que el saber qué es esa autoridad, dónde reside y cómo conocerla. Por eso sugirió, en el Sermón de 1846, que las diversas doctrinas políticas que alimentaron las revoluciones basadas en la muy loada libertad individual alejada de los designios del Señor, condujeron a la teoría de corte liberal, de la teoría de la soberanía popular, y que esta solo viene a ser una teoría sin fondo; por eso, rompiendo con la tradición histórica e infame de hablar a media voz, dice que:

Se buscó la libertad en el desorden de la revolución, cuando Dios la ha establecido en la obediencia; y se cayó en la esclavitud. Se quiso reconocer soberanía absoluta en la voluntad de los hombres, cuando Dios había dicho que él sólo es el Señor, y resultó un ídolo vano⁶⁴.

De este anuncio se deduce que, para Herrera, el don de la autoridad no tiene su origen en las voluntades individuales o en el mito del pacto social que luego se plasma en un contrato político sino en la imagen de Dios, el soberano del universo, cuya primacía proclama explícitamente. Herrera no comulgó con la cláusula rousseauiana “cada uno de nosotros pone en común absolutamente sin condición ni reserva, su persona y todo su poder, bajo la suprema dirección de la voluntad general”, sino que, para él, las normas que rigen los destinos de los pueblos son de carácter divino y, en tanto que hijos de Dios solo nos queda obedecerlas, es decir que el hombre solo ha de someterse a la autoridad que viene de Dios,

⁶⁴ Taurel, Op. Cit. 61.

pues el hombre en tanto que ser débil que vive sus desventuras sociales carece de capacidad para orientarse, y menos para mandarse a sí mismo.

En este sentido, las normas que tienen el sello de Dios adquieren estatus de soberanas y, a la vez, sustentan el principio de autoridad a la cual se han de ceñir gobernantes y gobernados; por eso, en el Sermón de julio de 1846 enfatiza que:

El pueblo no puede libertarse de las desventuras en que lo precipitan sus más crueles enemigos, sus aduladores: no puede establecerse la paz y la armonía social sin una autoridad que obligue al ciudadano en lo íntimo de su conciencia, de la que se sienta realmente súbdito y de quien tenga una dependencia necesaria: y esta autoridad es sólo de Dios, Soberano del universo⁶⁵.

En estos pensamientos queda claro que, para Herrera, la autoridad perfectísima que tiene que respetar el hombre no lo va a encontrar en las comunidades políticas que tan solo viene a ser la suma de voluntades individuales; tampoco la va a hallar en el jefe de estado ni en los jueces, sino que la autoridad prístina que ha de respetar es aquella que emana de Dios. Herrera siempre mantuvo, como idea rectora de su pensamiento, una concepción teológica y providencialista del origen del Estado y de las comunidades políticas, pues consideró que Dios es el auténtico autor de nuestra existencia política. Hubo, sin embargo, la intención de mancillar la teoría herreriana al considerar que sus ideas iban en contra del principio sagrado de la libertad humana, y a partir de lo cual entonces, fue estigmatizado como un ferviente autoritario.

Herrera, testigo de excepción y decepcionado de la profunda crisis a la que había sido llevado el Perú en sus primeras décadas de independencia, fustigó a la doctrina liberal que,

⁶⁵ Ibídem. p.62.

carente de un espíritu de apostolado, llevó en diversos gobiernos al Perú a la corrupción y al debilitamiento socio-político y, sobre todo, fustigó acremente la incapacidad de quienes, formando parte de la nueva élite nacional, hombres de tránsito del poder colonial a la República, fueron incapaces de estructurar un Estado moderno basado en bases sólidas. Un Estado que impusiera poder, que se manejara al menos con un mínimo respeto al orden, a la autoridad, a la normativa jurídica, pues estas nociones garantizan una mayor y sana convivencia política y social. Por eso, siendo él un declarado abanderado del orden y de los gobiernos fuertes, ya que solo concibe la libertad dentro del orden, lo tenemos en la oración fúnebre de Gamarra, el 4 de enero de 1842, diciendo:

Después del fuerte sacudimiento que sufrió nuestra sociedad al desembarazarse de la vasta monarquía del que era parte, fue inevitable que se experimentara desconcierto y desgracias, hasta fijar el nuevo centro del orden, la autoridad que debía reemplazar al Soberano Español. Pero establecida una vez la autoridad; distribuidos los poderes públicos; fijadas las garantías de los ciudadanos; saludada la joven república por los reinos de Europa, que vieron llenos de esperanza su opulencia y sus encantos, ¿por qué experimentamos tanto mal? ¿por qué nos hemos ido hundiendo en un abismo? ¿cómo este pueblo abundante en talentos, en valor, y en todo género de recursos, ha podido sufrir la última humillación de ver su territorio profanado, y vencido su ejército por el de un Estado, que debía estremecerse al contemplar nuestro poder de lejos? Juzguemos, señores, con imparcialidad, y en nosotros hallaremos la causa de la afrenta⁶⁶.

Se desprende de esta proclama, si estudiamos la Independencia del Perú como fue en su época, que para Herrera los políticos iniciadores de la república no tuvieron la autoridad ni supieron asumir con sapiencia cómo se tenía que gobernar, sino todo lo contrario: el Estado pasó a ser una entidad en donde no hubo respeto a la ley ni al principio de autoridad. La ley

⁶⁶ De la Puente Candamo, José A. *Bartolomé Herrera*. Lima, Universitaria, 1965; p. 62.

sigue siendo instrumento de unos pocos, pues aquellos que diseñaron los pasos iniciales del nuevo Estado consagraron los privilegios como fines últimos de las leyes, quedando consagrado desde entonces que la justicia estaba al margen y fuera del alcance de una población ansiosa de equidad. Visto desde un ángulo imparcial y tal como lo visionó Herrera, el derrotero del Perú no era nada halagüeño ni auroral sino que era un sendero a la desobediencia, a la anarquía.

Ante este panorama, Herrera solía preguntarse cuándo y por qué se perdió el principio de autoridad, y perfilaba una respuesta. Sucedió a todos los países americanos que se libraron del yugo español, que, una vez alcanzada la ansiada independencia, sus políticos e ideólogos se lanzaron a la búsqueda de un modelo de estado que reemplazara al colonial que, para bien o para mal, supo imponer orden e hizo respetar el loado principio de autoridad que tanto apreciaba nuestro clérigo limeño. Pero ocurrió que nuestros ingenuos e inexpertos políticos, en un desesperado afán por establecer lo más pronto un modelo de estado no dudaron en echar por la borda todo aquello que recordara lo español, es decir, que en ese tránsito de pasar del antiguo al nuevo estado se perdieron elementos valiosos que hubieran sido útiles en la base del modelo que se buscaba. ¿Cuál fue entonces el gran error de nuestra clase política? Imitar patrones y fórmulas extranjeras carentes de tradición, de raza, de espíritu, de nacionalidad, que hacen pétreo el modelo. Ante la ausencia del principio de autoridad, Herrera abogaba por la estrecha relación que debía haber entre la autoridad con la facultad de gobierno, la autoridad y la obediencia, es decir, en tanto él identificaba la soberanía con la capacidad de mandar, entonces ponía en claro quiénes tenían la capacidad o el don para ejercer la soberanía y quienes estaban en la línea de la

obediencia. Así es como Herrera establece, taxativamente, un poder minoritario como empresa y dirección de gobierno y un poder mayoritario como órgano sujeto a control. En esta estructura, la soberanía no puede recaer en una mayoría, pues para Herrera al impugnar que el derecho se funde en las voluntades subjetivas o en el mítico pacto social resultaba inimaginable aceptar que la soberanía recaiga en una mayoría, ya que, después de todo, los gobiernos y los ciudadanos terminan siendo “esclavos de la voluntad popular”, de igual modo que no consentía que la soberanía esté en manos de los monarcas. Para Herrera, “La soberanía absoluta solo está en la razón y, por consiguiente, el hombre no es esclavo ni de un rey ni de un pueblo; luego, son igualmente falsos los dos sistemas destructores de la justicia y la libertad”⁶⁷.

Herrera vindicó que la autoridad es de vital importancia en todo quehacer político, tan importante como la justicia, la libertad, la moral, etc. Consideró, además, que quienes hacen política deben repensar el rol que juega la autoridad en la edificación de una sociedad, deben reencauzarla como elemento esencial en la constitución de toda entidad pública sobre todo en la del Estado, pues es impensable propugnar el bienestar y la seguridad social al margen de la autoridad. La autoridad es, en el ideario político de Herrera, un elemento vital para superar el caos y la anarquía social en la que se encontraba el Perú tras la Independencia. Y, para él, esa autoridad dimana de la voluntad divina, de la ley de Dios, voluntad que no puede ser contradicha por las leyes de los hombres. Pareja dice:

El hombre está pues destinado a vivir en sociedad. Esta ley se halla en su naturaleza. Y la vida sería imposible sin un orden que regle las acciones de cada pueblo y lo sujete al imperio de la moral y el derecho. Es necesario, pues, una autoridad que haga cumplir los preceptos de

⁶⁷ Pareja Paz-Soldán, Op. Cit., p. 111.

Dios, que dirija las voluntades y que prescriba lo que hay que hacer u omitir, conforme a la ley natural. Todo es mandar. Pero el soberano no obliga porque manda sino porque manda conforme a la ley natural. Su autoridad no es absoluta. El hombre que ejerce no es sino un Ministro de Dios para el bien...Es un deber moral obedecer al gobierno legítimo que actúa conforme a la ley natural⁶⁸.

Es así como Herrera divisa y propone un gobierno fuerte que no represente ni tiranía ni debilidad; por ende, su postura se plasma en autoritarismo.

Herrera, pues, se constituyó como el primer político, con acento de profeta y predicamento moral, que vaticinó, con mirada crítica hacia la sociedad, que la decadencia moral, el desorden político y social del Perú se produciría por falta de autoridad. Ese fue un señalamiento clave en su quehacer político. Él fue el primer político que reclama y reivindica el principio de autoridad y, desde entonces se preocupó por recuperar tal principio para la sociedad. Tuvo la osadía de afirmar que a la república se la ha de considerar, antes que nada, como un ser u organismo moral y que, como entidad social se la ha de reformar por la virtud:

Para éste el problema se planteaba en la necesidad de implantar el orden y la unidad de la república, como las bases de todo ordenamiento moral y, por consiguiente de la religión católica. Estas exigencias suponían la existencia de un principio de autoridad y obediencia que ordenara la vida social. Tanto más si el problema cardinal del Perú se presentaba como la incapacidad de implantar la legalidad⁶⁹.

Para Herrera no eran secretos los factores que llevaron al Perú a la decadencia socio-política, por eso reclamó con ímpetu la importancia que representa la autoridad en el

⁶⁸ Ibídem, p. 110.

⁶⁹ Cotler, Op. Cit. p. 93.

quehacer político, de cómo ésta se constituye en el sustento del orden ideal que debe tener toda sociedad:

En el campo político la autoridad supone la personificación, su encarnación en el hombre, de modo que la sociedad se mantenga en forma, según las normas tradicionales y merced tanto a la idoneidad de los tenedores del poder cuanto al vigor de la fe acatante por parte del pueblo. Requisitos principales de la idoneidad de los representantes de la autoridad son una genuina superioridad moral en todos los aspectos.....⁷⁰.

Para Herrera, pues, la autoridad es el principio rector del pensamiento político social, y su deformación convierte a la sociedad en una entidad facciosa en donde el predominio de la incapacidad y la insatisfacción encadena su destino.

Herrera advirtió, antes que nadie en nuestra historia, que uno de los grandes males de la República fue la gravedad moral y el déficit de autoridad que comenzó y se solidificó con la emancipación. Y en el dilema de ser liberal en el siglo XIX optó por el sendero del autoritarismo, firmemente amparado en la figura de un ser omnipresente. Herrera, sintetizador por excelencia, pregonó con voz firme que uno de los problemas capitales con los que tuvo que enfrentarse el Perú fue el de la carencia de autoridad, y él advirtió señeramente aquel momento histórico y tuvo como virtud denunciarlo con gran desgarramiento humano.

⁷⁰ Delgado, Honorio. Op. Cit. p. 31.

CONCLUSIONES FINALES

1. El pensamiento ideológico de Bartolomé Herrera, en la historia de las ideas del Perú, fue trascendente en el siglo XIX, pues, aunque siglo y medio después sus ideas nos resultan limitadas, en su época resultaron ser importantes ya que provocó el denominado debate ideológico entre conservadores y liberales. Así es como queda demostrado que las ideas de los hombres responden a una necesidad histórica que comulgan con el medio y el tiempo en que se formularon.
2. El pensamiento conservador de Herrera derivó de las etapas caóticas y anárquicas que vivió el Perú en las primeras décadas de la emancipación, es decir, que los hechos históricos e ideológicos fueron el caldo de cultivo para que de allí germinara su doctrina conservadora. Así, los hombres no pueden prescindir de los acontecimientos históricos, nadie puede escapar a las circunstancias históricas en que se vive, sino que quedan marcados por estas, es decir, que las ideas que se crean en una época tienen el sello del tiempo.
3. La soberanía no es de origen divino, tal como lo proclamó Herrera, sino que es la capacidad de arreglar y poner orden en la acción social, política, jurídica, etc. Es decir, la soberanía no puede suspenderse por falta de inteligencia y por falta de libertad pues los hombres poseen el don para crearse sus propias normas y elegir a sus representantes; así, tienen la capacidad y el derecho de hacerse sus propias leyes de modo que estas no constituyen principios eternos tal como lo pretendían los conservadores.

4. El llamado a la autoridad fue un principio que Herrera reclamó en un país donde el anarquismo y el desorden eran sus banderas, él comprendió que las sociedades no pueden vivir soslayando la autoridad, pues esta es el eje central en toda convivencia social. La ausencia de autoridad históricamente viene desde inicios de nuestra emancipación, es una ausencia que ha marcado, dolorosamente, todas las etapas de nuestra historia. La omisión o el rechazo de la autoridad es una característica de nuestro “modo” de ser peruano.
5. La ausencia del principio de autoridad, tema esencial en la doctrina de Herrera, es un mal que se ha infiltrado en casi todas nuestras instituciones sociales, ya sean a nivel público o privado. El sector más golpeado históricamente ha sido el ámbito político, ausencia de autoridad que le ha quitado legitimidad a las acciones que se desarrollan en las instituciones en dicho ámbito.
6. En Bartolomé Herrera divisamos una tesis muy conservadora que reclama por un gobierno de los más capaces, de las élites. Esta concepción suponía que el poder, el gobierno, estaba destinado a una minoría, ya sea por razones socio-culturales o de capacidad política. Esta tesis no fue *sui generis* para nuestra política, sino que fue adoptada de pensadores franceses, ideas que fueron propicias para que se produjera el gran debate en el campo ideológico entre conservadores y liberales, ya que estos últimos consideraban que esta tesis era atentatoria contra la dignidad y la libertad humana.

BIBLIOGRAFÍA

Alvarez-Calderón Ayulo, Carlos E. (1947). "Bartolomé Herrera y la Soberanía de la Inteligencia". Conferencia dictada en el Círculo de Estudios de Derecho Constitucional del Perú, PDF, pp. 32-50.

Altuve-Febres Lores, Fernán (2010). "El pensamiento constitucional de Bartolomé Herrera". En: *Bartolomé Herrera y su Tiempo*. Lima, Quinto Reino; pp. 169-186.

Asis Roig, Agustín (1954). *Bartolomé Herrera, Pensador político*. Sevilla, Mar Adentro.

Basadre, Jorge (1984). *Perú: Problema y Posibilidad*. Lima, COTECSA.

Basadre, Jorge (2005). *Historia de la República del Perú*. Lima, El Comercio, T. I, IV.

Bernal, Calixto (1856). *Teoría de la Autoridad*. Madrid, Manuel Minuesa, T. I

Castro Harrinson, Jorge. *Bartolomé Herrera*. s/d.

Chanamé Orbe, Raúl (2015). *La República Inconclusa*. Lima, Derrama Magisterial.

Chanamé Orbe, Raúl (2010). "Bartolomé Herrera y el krausismo". En: *Bartolomé Herrera y su Tiempo*. Lima, Quinto Reino; pp. 142-168.

Cotler, Julio (2005). *Clases, Estado y Nación en el Perú*. Lima, IEP.

Delgado, Honorio (1989). "Acerca de la esencia de la autoridad". En: El Comercio, Suplemento Dominical, Lima, domingo 7 de mayo (reproducción de un artículo publicado el 28 de julio de 1956), pág. 31.

De la Puente y Candamo, José Agustín (1965). *Bartolomé Herrera*. Lima, Ed. Universitaria. Biblioteca Hombres del Perú. Tercera serie, Tomo XXV.

De la Puente Candamo, José Agustín (2013). *La Independencia del Perú*. Lima, Editorial del Congreso del Perú.

García Calderón, Francisco (2001). *El Perú contemporáneo*. Lima, Editorial del Congreso del Perú, Obras escogidas, T. I.

García Calderón Francisco (2001). *Las democracias latinas de América*. Lima, Editorial del Congreso del Perú, Obras escogidas, T. III.

García Mora, José (1865). *El principio de Autoridad vindicado*. Barcelona, Imprenta del Heredero de D. Pablo Riera.

Garavito Amézaga, Hugo (2010). “Herrera: ¿Un liberalismo aristárquico?” En: *Bartolomé Herrera y su Tiempo*. Lima, Quinto Reino; pp. 187- 222.

Gran Unidad Escolar Bartolomé Herrera. *Bartolomé Herrera: Homenaje en su Centenario 1864-1964*, Escuela Nacional de Artes, s/f.

González Prada, Manuel (1974). *Horas de lucha*. Lima, Universo.

Herrera, Bartolomé (1929). *Escritos y discursos*. Lima, Librería Francesa Científica – E. Rosay, 2 tomos.

Hobbes, Thomas (1983). *Leviatán*. Madrid, SARPE, 2 t.

Katayama Omura, Roberto (2010). “Bartolomé Herrera y su debate con los liberales”. En: *Bartolomé Herrera y su Tiempo*. Lima, Quinto Reino; pp. 223-236.

Laso, Benito (1947). *El poder de la fuerza y el poder de la ley*. Lima, Ediciones Horas del Hombre.

Leguía, Jorge G. (1989). *Estudios Históricos*. Lima, Aloer.

Neira, Hugo (2009). *Hacia la tercera mitad, Perú XVI- XX. Ensayos de relectura herética*. Lima, Universidad Inca Garcilaso de la Vega, 2 t.

Mariátegui, J.C. (1980). *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima, Amauta.

- Pareja Paz-Soldán, José (1944). *Historia de las Constituciones Nacionales*. Lima, s/d.
- Pinheiro Ferreira, Silvestre (2017). *Compendio de Derecho Público, Interno y Externo*. Lima, Editorial del Congreso del Perú, Traducción y anotaciones de Bartolomé Herrera.
- Rey de Castro Arena, José Alejandro (2009). *Democracia y republicanismo: la modernidad política en los inicios de la nación peruana, 1821-1846*. Lima, UNMSM, tesis para optar el grado de Doctor en Historia.
- Sabine, George H. (2009). *Historia de la teoría política*. México, FCE.
- Salazar Bondy, Augusto (1984). *La filosofía en el Perú*. Lima, Studium.
- Sandoval Rodríguez, Isaac (1976). *Las crisis políticas latinoamericanas y el militarismo*. México, Siglo Veintiuno.
- Salwyn Schapiro, J. (1965). *Liberalismo*. Buenos Aires, Paidós.
- Taurel, R.M. (1855). *Colección de obras selectas del Clero Contemporáneo del Perú*. París, Librería de A. Mézin, t. 2
- Vecchio, Giorgio del (1991). *Filosofía del derecho*. España, Bosch.
- Velásquez Castillo, Víctor (1977). *El pensamiento de Bartolomé Herrera y sus aportes culturales*. Lima, s/d.
- Villanueva, Elena (1965). *José Gálvez*. Lima, Ed. Universitaria.